

HISTORIA DE BURJASSOT

Luis Manuel Expósito Navarro (UNED)

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE BURJASSOT

Desde sus orígenes, dos componentes han condicionado la historia de Burjassot. El primero, su geomorfología, a caballo entre una zona baja aluvial de huerta cultivable y un área alta asentada sobre suaves colinas calizas, a lo sumo aprovechables para el propio asentamiento humano y para el cultivo de secano. El segundo componente es su situación geoestratégica, que sería seguramente la clave para que se iniciara la construcción en época musulmana de una torre vigía o de defensa en la colina más cercana a Valencia. De hecho, hasta que la especulación urbanística lo impidió, el mejor punto para observar la capital hasta hace una décadas, y en esto coincidirían tanto artistas como militares, era Burjassot.

LA ALQUERÍA DE BURJASSOT

En toda Europa se inicia un proceso lento y continuo de agrupamiento rural a partir del año 1000. La fragmentación política de *Al-Andalus* en taifas originada en el siglo XI estimuló el crecimiento de grandes ciudades donde se instalaran los nuevos poderes políticos. En el *balad Balansiya* (país de Valencia), la ciudad de *Banlansiya* (Valencia) fue creciendo al compás de una fuerte emigración desde otras zonas peninsulares. Por tanto, es plausible que la definitiva formación de Burjassot como asentamiento humano estable se produjera en torno a los siglos X-XI, coetánea con la construcción de las murallas de *Balansiya* y con la ampliación del área de huerta. Probablemente entonces se pensara en la posibilidad de construir una torre defensiva o de vigilancia que controlara los caminos hacia Liria y Bétera al tiempo que pudiera controlar los nuevos sistemas de regadío. El idóneo punto elegido sería la colina que delimitaba el terreno aluvial en el que se sustentaban las recientes ampliaciones del espacio cultivable con el nuevo sistema de regadío árabe. En fecha incierta, anterior a la conquista cristiana, se construiría la acequia de Tormos, que intenta llegar a la falda de las colinas del límite noroeste de l'Horta con la pretensión de convertir en regadío tierras de secano hasta las que no llegaban las aguas de Mestalla y Rascaña. Merced al agua de Tormos, muchos campos de secano colindantes con Burjassot se convierten en irrigables a partir de ese momento. Poco después, con la construcción de la acequia

de Montcada, en un nivel más alto que la de Tormos, finalizaba la captación de espacio disponible para el regadío del terreno aluvial en torno a *Balansiya*. Dicho canal, elevado al rango de Real Acequia por Jaime I, riega algunas tierras de Burjassot y circula en un buen tramo paralelo al de Tormos siguiendo la curva que traza la colina más avanzada, donde se asienta el núcleo primitivo de la población. Son sistemas que se entrelazan en algunos puntos; de hecho, al menos en época cristiana, existía una boca, junto al desaparecido abrevadero, cercano al *Portalet*, que podía abrirse en caso de necesidad. Con todo, la acequia de Montcada tendría un uso industrial más destacado que el de riego, debido al aumento de población de la capital, necesitada cada vez más de molinos harineros y batanes para la industria textil, los cuales aprovecharían la velocidad del agua gracias a la fuerte pendiente del cauce. Otra acequia, documentada al menos desde 1441, era la de Faitanar (también llamada Almara o Fartamal), que nace a 21 palmos del molino de Bonany, en la acequia de Montcada, para morir en la misma tras atrochar por un conducto subterráneo que sigue la línea de la calle Cervantes. Las acequias de Faitanar y de Montcada delimitaban el perímetro de la población medieval de Burjassot.

La alquería de *Borgaçot* estaría estructurada quizá en torno a la torre defensiva, con una morfología de planta cuadrada similar a la torre Bufilla de Bétera, con su *albacar* o recinto adonde pudieran refugiarse sus habitantes con sus animales en caso de amenaza. Existiría un escaso número de viviendas entre esa torre y la acequia de Montcada, la cual serviría de defensa natural en conjunción con una muralla de adobe y empalizadas entre la que se abriría una puerta cubierta de la que tan sólo ha quedado el topónimo “*el Portalet*”. Según Sixto Iglesias, al menos en época cristiana existían restos de la muralla, pero no hay que descartar la posibilidad de que la muralla primigenia fuera musulmana. Otros elementos medievales, como una casa de baños en el entorno a la plaza del *Pouet*, el abrevadero o la almazara, podrían tener también un origen islámico. No existen razones arqueológicas para afirmar, de momento, que hubiera una mezquita en la alquería.

Desde que Jaime I (el tirano *Yaqamu al barsaluni* en fuentes islámicas) tomó la decisión de iniciar su expansión hacia el sur, la afluencia de refugiados andalusíes hacia *Balansiya* fue constante, aunque quizá no todos se refugiaron en la gran urbe y sí lo hicieron entre las decenas de alquerías que la circundaban. Las conexiones entre clanes así lo parecen aconsejar entre una población con un alto componente beréber. Las torres y albacares de las alquerías servían para la defensa en caso de alguna incursión enemiga imprevista. En una de esas incursiones de saqueo por la Huerta, destinadas tanto al aprovisionamiento del ejército “cruzado” como a la inspección y reconocimiento de los asentamientos cercanos a la capital, los ojeadores aragoneses debieron tomar contacto con Burjassot, y sus observaciones y datos servirían para preparar el *Repartiment*. De hecho, poblaciones como Silla y Torrent eran donadas a cuenta tres años antes de ser conquistadas. En 1235, las huestes aragonesas realizan una incursión hasta Cullera y saquean y destruyen las torres de las alquerías de

Montcada y Museros, en la primera línea defensiva de Valencia. Tras la promulgación de la bula del papa Gregorio IX en febrero de 1237, que daba carácter de cruzada a la conquista cristiana, Jaime I, seguro de su victoria y en posesión de datos topográficos precisos, encarga el inicio de la confección de un registro notarial en el que se anotasen las reales donaciones. Las primeras donaciones virtuales lo eran de poblaciones cercanas a Valencia, como Paterna, Montcada o Campanar. Entre ellas, en el registro 30, aparece Burjassot (*Borgaçot*) por primera vez en un texto escrito.

LA FORMACIÓN DEL SEÑORÍO: DE ALQUERÍA A LUGAR

La donación, junto a nueve yugadas de terreno, de la alquería de *Borgaçot*, quizá en parte destruida por el repliegue musulmán tras las murallas de Valencia, al noble aragonés García Pérez de Figuerola, se registró en las *Kalendas* de agosto (1 de agosto) de 1237, poco más de un año anterior a la rendición de Valencia. Sin embargo, ya fuera porque García Pérez no la hiciera efectiva en el plazo estipulado o quizá por la revocación directa del monarca, el caso es que el 22 de septiembre de 1238, poco antes de la postración definitiva del rey Zayaan ante Jaime I, éste vuelve a donar Burjassot, ahora al abad del monasterio de Ripoll, especificando que molino y horno quedaban bajo real dominio. A partir de aquí, se suceden las donaciones de sus tierras circundantes a diversos nobles catalanes y aragoneses: Ramón de Figueroles, Arnau de Font, Guillem de Riber, Pere Camarada y Joan de Cornudella. Ya en 1240, el molino a Guillem de Bell.lloc, lo que más bien parece un arriendo, pues el monarca debe recibir como franquicia la mitad de la ganancia de cada molienda.

El primer propietario de Burjassot, García Pérez de Figuerola, recuperaría años después su dominio, en virtud de una permuta de propiedades en 1258, según narra Sanchís Sivera. Pero Jaime I adquiere de nuevo el dominio para donárselo o vendérselo a Sancho de Tena el 6 de marzo de 1260. Dos meses después, este aragonés adquirió también la vecina Godella. Sin embargo, es este un episodio que no está suficientemente aclarado, pues hay quien sigue afirmando que Sancho de Tena no fue señor de Burjassot sino cien años después. Ahora bien, parece más fiable la explicación aportada por Santiago López, dado que la documentación que consultó reflejaba un control del señorío de la familia Safont (*Çafont*, de Font o de Fonte) al menos durante el período 1317-1377. De una forma u otra, los descendientes de aquél Arnau de Font que poseía tres yugadas de terreno en Burjassot, colindantes con el término de Borbotó, como queda reflejado en su carta puebla de 1265, fueron haciéndose con las riendas del señorío hasta que comienza a aparecer en la documentación de manera profusa Arnaldi de Fonte (probablemente el mismo *Arnau Çafont* que fuera justicia civil de Valencia en 1312) como “senyor del loch de Burjaçot” en la primera mitad del siglo XIV, y su descendiente Geraldí de Fonte (*Guerau Çafont*) como “dominus loci de Burgaçot” en la segunda mitad del mismo siglo. Pero, aun así, hay que tener en cuenta el testimonio documental del nacimiento en Burjassot, entre 1332 y 1341, de tres

nietos de Jaime II, hijos de Pere de Ribagorça y Joana de Foix: la que fuera reina de Chipre, Eleonor de Aragón; Jaume de Aragón, que llegaría a cardenal; y Alfonso de Aragón, primer duque de Gandía, entre otros títulos. La duda que surge, de difícil aclaración, es saber quién ocupaba el castillo por entonces, si la familia Ribagorça o la familia Safont.

Mientras tanto, se modelaba la reducida comunidad de repobladores aragoneses y catalanes en torno a la torre de la antigua alquería, con toda probabilidad con alguna ampliación o creación de dependencias señoriales en el ya incipiente castillo, con una iglesia con el patronazgo del arcángel San Miguel, al menos desde 1348, y con una plaza en la que se articulaban casas y edificios comunitarios, como los baños, el hospital, el horno, la carnicería, el hostel y la tienda. Una comunidad bajomedieval, en suma, cristiana y musulmana a la vez (quizá también con escasas familias judías) que iría perdiendo a sus moradores islámicos a causa de las importantes expulsiones que se sucedieron por toda la Huerta hasta 1270. La pequeña comunidad de repobladores cristianos, en torno a unas pocas decenas de familias, tendría su fuente de ingresos en la agricultura, principalmente con cultivos de cereales, hortalizas y viñas en el regadío, así como plantaciones de algarrobos y olivos en el secano.

Tras un lustro de malas cosechas, que culmina en 1347 (*l'any de la gran fam*), la gran peste de 1348 se generalizó por toda Valencia a finales de mayo. Más de un tercio de la población de Valencia y alrededores muere durante los meses estivales al mismo tiempo que se afianza la guerra de la Unión. En realidad, se trata ésta de una revuelta ciudadana en contra del autoritarismo real de Pedro IV el Ceremonioso. El castillo de Burjassot posiblemente se reforzara por entonces para albergar a los habitantes de la población en caso de peligro. Un peligro que poco después se haría palpable al iniciarse la guerra contra Castilla en 1356, conflicto que enfrentó al aragonés Pedro IV contra el castellano Pedro el Cruel. El pretexto no era otro que la reivindicación castellana de las tierras murcianas que había incorporado Jaime II al reino de Valencia. Un nuevo episodio de peste en 1374 y el tratado de Almazán del año siguiente terminan con la guerra de los Pedros, y por tanto, quedan definidas las fronteras entre las Coronas de Aragón y Castilla. Tanto Burjassot como su castillo habían sufrido un grave deterioro que casi derivó en abandono. Es, quizá, el fin del dominio de Burjassot por la familia Safont, que pierde el señorío en la década de 1380.

Será el que luego llegara a ser camarero real de Alfonso el Magnánimo, el noble Berenguer Mercader, quien adquiriría en 1389 el derecho del tercio-diezmo de los lugares de Godella y Burjassot por 40 sueldos al rey Juan I. Inmediatamente después, micer Domingo Mascó adquiere los derechos de cobro del tercio-diezmo y el morabatín de Burjassot, en otoño de 1389, por privilegio otorgado por el rey Juan I en las cortes de Monzón. El elevado precio, 103.500 sueldos, sugiere que incluiría la venta del señorío, con residencia señorial, casas, regalías y derechos. No obstante, cuatro años después se data la misma venta real de dichos derechos y al mismo comprador

por un importe esta vez de 15.000 sueldos. La disparidad de cifras no resuelve el episodio convincentemente. A la familia Mascó se la conoce desde que Jaime I le otorgara el señorío de Terrateig. El valenciano micer Domingo Mascó, dirigente municipal, jurista, vicescanciller, asesor, diplomático al servicio de reyes y papas, vivió a caballo entre Barcelona y Valencia, y compaginó la vicescancillería para los asuntos del Reino de Valencia durante los reinados de Juan I y Martín *el Humano*, con diversos cargos municipales en Valencia o con la asesoría de la Gobernación del Reino. De hecho, fue el único que compaginó a la vez los cargos de asesor del gobernador y asesor de la Bailía, gracias a una excepción expresa de Juan I. Quizá fuera un consumado literato además de ser reconocido por sus aportaciones a la legislación sobre la Bailía, porque se le suele atribuir la traducción al catalán, hacia 1387, de la popular obra de Andrea el Capellà *De Amore*, bajo el título de *Regles de amor y parlament de un hom y una fembra*. También se afirma que de su pluma surgiría la tragedia del *Hom enamorat y la fembra satisfeta*, alusiva, al parecer, al amor que profesaba el rey don Juan a doña Carroza, dama de la reina, y que la obra que se representaría por vez primera en el Real de Valencia en abril de 1394. Pero últimamente se ha puesto esto en duda con argumentos convincentes, sobre todo por mano de Rossana Cantavella, que ha estudiado profusamente la figura de micer Mascó. El prestigioso jurista, que ese mismo año iniciara una profunda reforma del *castell* para adecuarlo como casa palacio, hubo de enfrentarse con una parte de la población de Burjassot, la cual se negaba a las prestaciones laborales que se precisaban para la limpieza del foso y diversas reformas del castillo. El asunto hubo de ser de gravedad, con insultos incluidos hacia el nuevo señor territorial, pues, al poco, se celebraba un acto de concordia entre los habitantes de Burjassot, acusados de no prestar la ayuda necesaria para la restauración del castillo, y el señor territorial, Domingo Mascó, deseoso de llevar a efecto el exhorto del rey Juan a todos los alcaides sobre mantenimiento de castillos y fortalezas, en opinión de López Laguarda, con vistas a que no se repitieran sangrientos episodios como los de las guerras de la Unión y de Castilla.

La sentencia, que reconocía que los habitantes de Burjassot habían tenido que refugiarse en el castillo varias veces con motivo de dichas guerras, obligaba a éstos a seguir los Fueros y la *Costum*, leyes que indicaban que los habitantes de los señoríos tenían el derecho de refugio y el deber de defensa, pero también el de las reformas y reparaciones de los castillos y casas fuertes. Por tanto, los juristas que arbitraron en el conflicto dictaron una resolución por la cual se obligaba a los vecinos de Burjassot a reparar las barbacanas o defensas, la muralla, el foso, las cubiertas de las techumbres superiores de casa y torre, las escaleras de acceso a las cubiertas, las puertas, etc. El montante de las obras era elevado, 6.492 sueldos y 6 dineros, a lo que se ha de sumar otros 2.000 sueldos en concepto de reparación y reforzamiento del foso. Sin embargo, micer Mascó, para solucionar el conflicto de buena manera, aceptó que tan sólo pagase la universidad de Burjassot 500 florines de oro en dos plazos. Eso sí, los

burjasotenses deberían aportar su trabajo de desescombro y desbroce del foso que rodeaba la muralla. En cuanto a las calumnias, insultos y otras lindezas de que habían sido objeto los Mascó y sus oficiales, el señor de Burjassot, como acto de magnanimidad, perdonaba a los injuriadores y absolvía a la universidad de Burjassot. Por otra parte, su prestigio como jurista hizo que Mascó fue el encargado de defender la candidatura de Fernando de Antequera a la Corona valenciana, en detrimento de Jaime de Urgell, algo que muchas veces se olvida para mayor gloria de Vicent Ferrer, luego elevado a los altares como San Vicente. El nuevo rey Fernando I, el victorioso de Antequera, investiría como caballero a Domingo Mascó como premio a su apoyo jurídico antes de que éste falleciera en 1427.

Se iniciaba con Mascó una nueva etapa de afianzamiento del señorío de Burjassot, con la reforma, ampliación y adecuación como palacio señorial más que como simple castillo, de las construcciones y añadidos que las distintas señorías habían ido realizando en torno a aquella antigua torre musulmana de defensa. Tanto es así, que poco después, en el año 1401, el monarca Martín el Humano celebraría consejo en la sala principal del palacio, varado en Burjassot por temor a quedar contagiado por la peste que asolaba la ciudad de Valencia.

Las conexiones entre Mascó y la Corona, por una parte, y entre la ciudad de Valencia y el jurista, por otra, permiten comprender mejor el porqué de la elección del castillo-palacio de Burjassot para el encuentro entre el rey y los tres estamentos del reino. Martín I estaba obligado, como cada nuevo monarca, a jurar los fueros de Valencia, y había sido requerido por las autoridades del reino para celebrar cortes. Tras varias dilaciones y una enfermedad de “fiebres cuartanas”, Martín I llegaba a Burjassot en julio de 1401, ya que le habían aconsejado no entrar en Valencia porque se estaba iniciando una epidemia de peste en la ciudad. Sin embargo, tras celebrar un consejo real en el salón principal del castillo días después, la comitiva real marchaba hacia Segorbe para celebrar allí cortes, pues se comprendía que Burjassot estaba demasiado cerca de Valencia y se extendía también hacia allí la temible enfermedad contagiosa.

EL SEÑORÍO BAJO EL CONTROL DE LA ALMOINA

En fecha incierta, el señorío de Burjassot pasa a poder de los esposos Beatriz de Cervelló y Pedro Fernández de Hajar, comendador de Montalbán, los cuales llegan al poco a un acuerdo de permuta mediante el cual la Almoina de *en Conesa*, dependiente del cabildo de la catedral de Valencia, se desprendía de cinco pequeñas alquerías del término de Gandía, que quedaban en poder de los citados esposos a cambio de la entrega del lugar de Burjassot a la Almoina, junto con 7.000 florines por la diferencia de valor entre ambos lotes. De modo que, al tiempo que se finalizaba la torre de la catedral, el Miguelete, en 1425, según relata Cervellera Castro, el notario Jaume Pastor

daba fe pública de la adquisición del señorío de Burjassot por la administración de la Almonia.

Esta adquisición se inscribe en la necesidad de la institución caritativa de rentabilizar el caudal de limosnas y donaciones de que era objeto. Así, adquirió mediante compra o permuta los lugares de Burjassot y Benimaclet, en la huerta de Valencia, y de Benipeixcar, en la huerta de Gandía. En lo tocante a Burjassot, junto con el señorío, también adquiría la Almonia el castillo-palacio y las deudas contraídas, que todavía coleaban debido a la costosa reparación que había realizado micer Mascó. Las quejas del obispo de Valencia, Alfonso de Borja, aquél que luego sería investido papa con el nombre de Calixto III, al constatar que la tesorería del cabildo catedralicio no disponía de suficiente numerario para realizar las reformas necesarias de la catedral, propiciaron la creación de una comisión destinada a buscar fuentes de financiación utilizando como bienes hipotecarios los señoríos de Benimaclet, Burjassot y Benipeixcar. La reparación del castillo de Burjassot había costado al señorío 10.000 florines de Aragón (110.000 sueldos valencianos), y era necesaria la cancelación de la deuda para afrontar los gastos de la construcción de un nuevo altar mayor y la reforma de la conocida puerta de los Apóstoles de la iglesia catedral de Santa María. Consta que con cargo a Burjassot, los clérigos de la catedral obtuvieron al menos un censo de 1.303 sueldos y 4 dineros a nombre de *na* María, viuda del labrador *en* Nicolau de los Abades. El mismo documento hace alusión también al efecto negativo que tuvo una epidemia de peste en la marcha del señorío.

Durante casi siglo y medio (1425-1568), Burjassot estuvo bajo control directo de los administradores de la Almonia. Es conocida la estancia en 1467, en una dependencia del *castell*, de Isabel de Borja, hermana del papa Calixto III y madre de Rodrigo de Borja, futuro papa Alejandro VI. Pero lo que más caracterizó este primer período eclesiástico del señorío fue la negociación ante el *Consell* de Valencia para que Burjassot se configurara como señorío independiente, dentro de la parcial autonomía que permitía Valencia. El deslinde y amojonamiento del *bovalar* y del resto del término se logró en primera instancia mediante la concordia de 21 de septiembre de 1441 entre los jurados de Valencia y el cabildo catedralicio, como dueño de Burjassot, acuerdo refrendado luego en 1494. Así, Burjassot continuaba incluido en el término de la contribución de Valencia, pero con un término propio. Hasta ese momento había sido un señorío con ciertas limitaciones, en el que la Corona poseía determinados derechos y regalías, y donde la ciudad de Valencia mantenía ciertos derechos (*amprius*) para que pudieran pastar sus reses en el *bovalar*, como en otros señoríos circundantes a la capital. Y ello era debido a que Valencia enviaba a pastar los rebaños a otros lugares para evitar los daños que pudieran hacer las reses en sembrados y acequias de la Huerta. A partir del siglo XV, el *bovalar* de Burjassot sería utilizado por la cabaña de sus vecinos y señor. Y éste se erigiría en dueño del término señorial, tanto de los terrenos productivos como de los improductivos, tanto del seco como del regadío, tanto de los montes como de las cuevas y minas. El citado deslinde y

amojonamiento de Burjassot, refrendado en otras sentencias posteriores, como la de la Gobernación en 1591, dejó casi definitivamente el término municipal inalterable hasta 1927.

Burjassot era en el Cuatrocientos una comunidad reducida, en torno a unas cincuenta casas y poco más de 200 vecinos, en su mayor parte dedicados a la agricultura. El vasallaje al señor del lugar se observa con claridad en los impuestos, sobre todo en el del dominio útil de la tierra, la enfiteusis, especie de arriendo con derecho de transmisión familiar a cambio de un impuesto al dueño efectivo, a la señoría. Las tierras de huerta se utilizaban principalmente para el cultivo de trigo y otros cereales panificables, y, en menor medida, viña, morera y plantas industriales como el cáñamo. El secano, entre la huerta y la montaña, ocupaba gran parte de la zona no regable de l'Almara, así como otras partidas del término municipal, donde existían plantaciones de viña, algarrobo y olivo, principalmente. Las eras, en la zona alta de lo que hoy son calles de Obispo Muñoz y Jorge Juan, a la altura del mercado municipal, cumplían su importante papel en el ciclo del cereal, y como paso previo a la molienda, que se realizaba en el molino de la señoría, enclavado en el mismo lugar que el actual molino de la Sal, sobre la acequia de Tormos, y el Molino del Raig, en el límite del término con Benicalap, sobre otra derivación de la misma acequia.

Otro episodio de peste, unido a una grave crisis de subsistencia motivada por una pertinaz sequía, propició que en el verano de 1519 se iniciara un movimiento de huida de la ciudad de Valencia de numerosas familias de la oligarquía municipal. La coyuntura invitaba a cubrir ese vacío de poder a los gremios de artesanos, los cuales, bajo el pretexto de la amenaza de aquellos piratas berberiscos que de cuando en cuando asolaban las poblaciones costeras, comenzaron a desfilar en agrupados en gremios que poco a poco se fueron armando. La revuelta abocó en revolución, y el joven monarca Carlos V hubo de revocar la autorización del uso de armas. Durante tres años se sucedieron distintos episodios, si no abierta guerra civil, en los que poco a poco se fueron imponiendo las fuerzas reales y nobiliarias. El personaje de *l'Encobert* surge en 1522 en Xàtiva y su fama entre los agermanados se propaga como la pólvora. Enrique Manríquez de Ribera, alias "el Encubierto", cuentan los cronistas que era un judío converso procedente de Orán que pretendía ser heredero legítimo del rey Católico. Tras la violenta muerte de Vicent Peris, máximo dirigente del ala radical de la Germanía, Encubierto, coronado por los agermanados como rey, decide marchar hacia Valencia y vengar el asesinato de Peris. El 18 de mayo de 1522, se juntaron en la Rambla de Valencia varias centenas de labradores simpatizantes con Encubierto, casi todos procedentes de las poblaciones de la Huerta, donde se habían formado germanías dirigidas por un capitán.

Encubierto y los suyos no tuvieron suerte y quedaron sin poder franquear aquella noche la muralla por la puerta de Quart. Por ello, marchó hacia Benimaclet con la pretensión de hacerse fuerte y buscar refuerzos y una mejor ocasión para realizar sus planes. Desde allí, el rey Encubierto y sus compinches fueron remitidos a

Burjassot, porque disponía de castillo donde poder defenderse y porque había muchos partidarios de su causa, según relata el notario Miquel García, coetáneo a los hechos. Al llegar allí de madrugada, Encubierto entabló una discusión con el capitán de los agermanados del lugar, los cuales ya habían decidido no continuar apoyando la Germanía. Probablemente pensando en la fuerte recompensa, mientras desde lo alto de su caballo, Encubierto trataba de convencer al capitán, varios vecinos del lugar se abalanzaron sobre el jinete. Uno de ellos, Pere Lluesa, lo derribó, y entre todos lo asesinaron a puñaladas y le cortaron la cabeza. Escolano narra que sus asesinos fueron Pedro Lluesa y Jusepe Aparicio. García Cárcel afirma que fueron cuatro asesinos a sueldo, algunos apellidados Lluesa y Boeso. Pero no certifica si eran vecinos de Burjassot o no. Sin embargo, de creer a Miquel García, que vivió los hechos, los homicidas fueron más: “vengueren set o huit de Burjasot e arremeteren al dit Encubert, lo qual staba a cavall e així. I detengueren a coltellades fins que vengué un home a cavall, lo qual se deya Luessa qui s’ajuntà ab ell e derrocá’l del cavall, e quant fonch en terra tantost li llevaren lo cap. E així fini lo traïdor juheu del rey Encubert”. Años después, el justicia de Burjassot se llamaba Jaume Luesa, y el *mustassaf*, Pere Luesa.

EL SEÑORÍO LAICO: LA FAMILIA SIMÓ

Décadas después, en 1568, el oriolano Fernando de Loaces, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, resolvió, tras diversos coloquios y deliberaciones con los administradores de la Almonía y los canónigos de la catedral, la solicitud de enajenación del señorío de Burjassot. Al parecer, los canónigos de la seo no estaban muy contentos con el beneficio de las rentas que se obtenían de los arrendamientos de Burjassot. Quizá influyeran algunas malas cosechas, quizá lo fuera la peste de los últimos años, el caso es que, una vez tomada la decisión de subastar el señorío, se fijó un precio de salida de 12.000 libras, al tiempo que se daba la orden al corredor *de orella* de aceptación de la oferta que superase 13.000 libras. La subasta pública se realizó en la Lonja de Mercaderes, pero la expectación era tanta entre los prohombres de la incipiente burguesía valenciana que pronto se elevó el importe de las ofertas hasta alcanzar las 15.200 libras, ofrecidas por el antiguo racional de la ciudad de Valencia, Bernat Simó.

El 21 de febrero de 1568, congregados en el palacio arzobispal, en la propia cámara del patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia, Fernando de Loaces, que debía estar ya muy enfermo, pues falleció al mes siguiente, varios obispos, canónigos de la seo, el archidiácono de Alcira y otros mandatarios refrendaban la no fácil decisión. Las rentas del señorío, incluidos los frutos e impuestos, no excedían anualmente de 8.000 sueldos (400 libras). El nuevo dueño, mosén Bernat Simó, aceptó gustoso el pago de la enorme cifra pese al bajo rendimiento del señorío, pues tenía claros sus planes para rentabilizarlo (también pagaría los gastos ocasionados por el

traspaso: 144 libras, 16 sueldos y 8 dineros). Pocos días después, se hacía efectiva la venta y el pago y tomaba posesión Bernat Simó del señorío en la iglesia del lugar ante el Consell General presidido por el justicia Jaume Luesa, e integrado por los jurados Jaume Lopis y Batiste Ricla, el lugarteniente del justicia Joan de Aranda, el *mustassaf* Pere Luesa y treinta y siete vasallos más.

Bernat Simó había ejercido diversos cargos municipales desde 1544, entre los que destaca el de racional, cargo que desempeñó durante dos períodos; el primero entre 1554 y 1557, durante el reinado de Carlos V; y entre 1560 y 1564, el segundo, durante el de Felipe II. El racional controlaba las finanzas municipales de Valencia, y el cargo solía implicar de *facto* un gran enriquecimiento de quien lo poseía. Como dato curioso, en su primer racionalato, Simó fue quien encargó al editor Mey la publicación, con cargo a las arcas municipales valencianas, del “Llibre dels Feits”, como copia impresa del original atribuido a Jaime I que se guardaba en el archivo del racional.

Mosén Bernat Simó acondicionó y, posiblemente, amplió el castillo para vivir allí junto a su familia: su esposa, Jauma María Pallarés, sus hijas Mencía, Lucrecia y Francisca, y su hijo Josep Alexandre, toda vez que su primogénito, fruto de un primer matrimonio, había fallecido ya, y su segundo hijo, Vicent Anastasi Simó, era el feliz heredero de la fortuna de su abuelo, Pere Pallarés, que no había tenido hijos varones. Bernat Simó estaba empeñado en elevar el prestigio social de su familia, y no dudo en casar a sus hijos con miembros de la pequeña nobleza. Así, Josep Alexandre casaría con Esperanza Figuerola, hija de Honorat Figuerola y hermana del señor de Náquera, Melchor Figuerola. Y una de las tres hijas de Bernat Simó, Lucrecia, contraería nupcias en 1582 con Miquel Joan Tallada, caballero de Xátiva e hijo del señor de Barcheta, Gaspar Josep Tallada. Naturalmente con una enorme dote (5.450 libras), que incluía numerosas joyas y a Beatriu, una “esclava blanca de las de Granada”. Los cónyuges serían, a partir de su casamiento, nuevos señores de Barcheta.

Aparte de la adquisición de la alquería del Pí (alquería de Gondi entonces), la mayor aportación de Bernat Simó a Burjassot fue la implicación directa que tuvo en los primeros años de construcción de los Silos dentro del término de Burjassot. Fue él uno de los primeros administradores que tuvo la obra y a quien el *Consell* de Valencia le encargaría la administración de la construcción de los almacenes y porches que hoy flanquean la ermita de San Roque. Un ermitorio que no aparece reflejado en la compra que de Burjassot hizo Bernat Simó, pero sí que aparece en la venta que hiciera del señorío su hijo Josep Alexandre Simó al arzobispo Juan de Ribera. Existen indicios que apuntan a que Bernat Simó ordenara construir la ermita de San Roque y a que él fuera quien ordenara la última gran reforma del castillo-palacio, pues ciertos elementos arquitectónicos y decorativos son renacentistas y la familia Simó utilizó el castillo como vivienda habitual.

Bernat Simó había sido socio del banco de su amigo Miguel Hieroni Aliaga, mas la quiebra de la entidad financiera abocó en la momentánea pérdida del señorío por la familia Simó-Pallarés. A mediados de agosto de 1581 había fallecido su mujer, y casi a

la par, en 1582, se produce la muerte de Bernat Simó, la del banquero Aliaga y la quiebra de su banco, del que Simó era fiador. De inmediato, los acreedores (entre los que se encontraba la *Generalitat del Regne*, a la que se le adeudaba la enorme cifra de 61.000 libras por el arrendamiento de los derechos de cobro de impuestos del período 1580-1583) deseosos de recuperar sus ahorros, se organizan y presentan una demanda ante la Real Audiencia. Ésta requisó los bienes del difunto Bernat Simó, incluido el castillo y el señorío de Burjassot, para subastarlos en julio de 1586. Durante este período transitorio, el lugar de Burjassot, junto con los demás bienes del difunto, estuvo en poder de la Real Audiencia, que designó como administrador a Bartolome Olcina. Sin embargo, sería el propio hijo de Bernat Simó, Josep Alexandre Simó, quien se adjudicaría en la subasta Burjassot y la “alquería grande” o “alquería de Gondí” (Alquería del Pi) por 20.000 libras, cantidad que obtiene mediante diversos préstamos, hasta que pudo tener pleno dominio del lugar en mayo de 1587. Sin embargo, quedaban aún ciertas deudas de su padre por cancelar a los acreedores del banco de Aliaga, y por ello se subastó la carta de gracia de Burjassot por tres años. Nicolau Narbona, hombre de confianza de los Simó, fue quien se la adjudicaría meses después por 100 libras.

Precisamente ese fuerte endeudamiento propició que Josep Alexandre Simó y su esposa tuvieran que desprenderse del señorío. El listado de acreedores es enorme y la cantidad adeudada, mayor aún. En agosto de 1592 pudo desprenderse el matrimonio de la alquería del Pi y sus tierras, vendidas a Antonio Jaime por poco más de 6.000 libras, y en octubre hacía otro tanto con unas casas en la calle de santo Tomás en Valencia. Pero el importe de esas ventas sólo serviría para cancelar algunos censales de la deuda. Por entonces, el arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, Juan de Ribera, buscaba afanosamente algún señorío con miras a cederlo al Real Colegio de *Corpus Christi*, su obra póstuma que se hallaba en construcción. En un principio, en 1595 se hizo en pública subasta con el señorío de Alfara, que había sido propiedad de Cosme Macià de Cruïlles (otro de los primeros administradores de los Silos) hasta que las deudas lo estrangulaban económicamente y la Real Audiencia se lo confiscó. En septiembre de 1600, el arzobispo adquiría el señorío de Burjassot y se comprometía a cancelar todas las deudas contraídas por Josep Alexandre Simó. Hasta tal punto estaba endeudado que, en los días previos al traspaso, Simó se encargó de cobrar numerosos impuestos atrasados de sus vasallos y de vender algunos inmuebles, como la casa y corral en la calle “dels Obradors” a Margalida Rosell. El importe nominal de la venta del señorío era de 20.500 libras, si bien Josep Alexandre no vio ni un dinero, ya que se abonaron a los deudores de inmediato 17.000 libras, mientras que el resto quedaba en depósito para la cancelación de otras deudas.

En septiembre de 1600, el presbítero Joan Josep Agorreta tomaba posesión del lugar de Burjassot en nombre de Juan de Ribera. El Patriarca estaba creando el Real Colegio y Seminario de *Corpus Christi* con la religiosa finalidad de formar futuros clérigos según el nuevo ideario del Concilio de Trento, al tiempo que se esforzaba en

fomentar el culto a la eucaristía. Por ello era preciso dotar económicamente a la nueva institución. Junto con otras inversiones, ambos señoríos, Alfara y Burjassot, permitirían cierta holgura económica a su querida institución una vez fallecido su creador. El Patriarca ordenó de inmediato una serie de reformas en el castillo y lo dotó de mobiliario y diversas obras artísticas; más aún, en opinión del actual director del colegio mayor “San Juan de Ribera”, reverendo José Vicente Puig Raga, reformó el ala de sus habitaciones particulares, pues los azulejos que cubren la mitad inferior de las paredes son muy similares a los que adornan el Real Colegio de *Corpus Christi*. En el Burjassot de finales del Quinientos y comienzos del Seiscientos, existe una cerámica azulejera de calidad. Sin ir muy lejos, parte de los azulejos con que se recubrieron las paredes de San Miguel de los Reyes en 1581 había sido fabricada en Burjassot por miembros de la familia “de Madrid”. Alonso de Madrid, *mestre de obra de terra*, nutría desde sus hornos de Burjassot a los obreros que alicataban los claustros del monasterio. Quizá se trate de un maestro artesano procedente de Madrid, de ahí su apellido, pues consta que otros maestros activos en Valencia en la misma época eran oriundos de poblaciones, como por ejemplo Talavera, de arraigada tradición azulejera. El caso es que en 1582, tal vez otro miembro de la misma familia, Lorenzo de Madrid, también vecindado en Burjassot, era el encargado de fabricar allí mismo una gran partida, cercana a 8.000 unidades, de azulejos (*rajoletes*) de buena calidad (*de la primera fornada*) con adornos de *granades* y de colores *vert, groch, blanc y blau*. El destinatario era Pedro de Peralta, con quien Simó compartía negocios, y el lugar de entrega no era otro más que el propio castillo de Burjassot. Otro *rajoler* con horno activo en Burjassot en la misma época era Marcelo Rodríguez, especialista en azulejos tipo “Talavera”. La tradición azulejera continuaría en Burjassot durante décadas, dado que el propio patriarca Juan de Ribera donaría unas tierras en Burjassot al sevillano Gaspar Barberán, continuador de los diseños de Lorenzo de Madrid que había a marchado hacia Manresa, para que elaborara y cociera en sus hornos burjasotenses millares de azulejos pintados con destino al Real Colegio y Seminario de Corpus Christi, como pueden contemplarse hoy en los que decoran su claustro.

EL SEÑORÍO ECLESIAÍSTICO: EL REAL COLEGIO DE *CORPUS CHRISTI*

En 1604, poco antes de la inauguración del Colegio, el arzobispo toma la decisión formal de donarle su señorío de Burjassot (ya lo había hecho con el de Alfara tres años antes), pero con una salvedad: el patriarca seguiría disfrutando en usufructo del castillo-palacio, de varias casas en la plaza de lugar y de la dehesa y jardín. Un jardín que Juan de Ribera se había preocupado de ampliar para que conviviesen plantas autóctonas, como el pino, el carrasco o el lentisco, con otras más exóticas, en un afán coleccionista que le llevó a crear en Burjassot y en Alboraiá los primeros jardines botánicos de la península. Junto a las plantas exóticas de diversas partes del mundo conocido, el arzobispo gustó de poblar sus jardines de animales exóticos: pavos

reales, loros, e incluso caimanes. De hecho, llegó a tener al menos dos caimanes, regalo de un “perulero” o indiano, los cuales fueron disecados al morir y expuestos, uno en el monasterio del Puig, que desapareció en la Guerra Civil, y el otro en el zaguán de la entrada al *Corpus Christi*, donde se encuentra a día de hoy como símbolo de silencio.

El encargado de tomar la posesión del señorío en 1604 fue el canónigo de la catedral Vicent Mollá. Así que, a la muerte del Patriarca en enero de 1611, no hubo necesidad de realizar ningún cambio de titularidad. Desde entonces y hasta el siglo XIX, Burjassot volvió a ser un señorío eclesiástico, sujeto a las normas del Real Colegio, que era nominalmente el dueño y señor del lugar, y, por tanto, a él revertían todos los derechos y rentas. De hecho, éstos eran su principal fuente de ingresos, como se aprecia en el estudio realizado por Fernando Andrés Robres, en el que sobresalen las rentas que aportaban el horno y el molino sobre otras menores, como la tienda, el hostel, la carnicería, etc. La almazara aparece tardíamente en los documentos, pero, sin duda, sería una importante fuente de ingresos. La nueva entidad dominical mantuvo durante décadas el mismo sistema impositivo de la enfiteusis. Sin embargo, entrado el siglo XVIII, como las rentas eran cada vez más exiguas por no aumentar al compás de la inflación, el Colegio modificaría su criterio y comenzaría a adquirir más tierras, sobre todo aquéllas con las que podría hacerse fácilmente cuando las deudas contraídas por sus propietarios les abocaban a su venta.

La metódica legislación interna del *Corpus Christi*, dotó de capítulos de gobierno y de uso de los distintos monopolios a la población, así como de bandos con diferentes prohibiciones y normas de actuación en su señorío. Los escasos cambios se producirán tras los decretos de Nueva Planta de Felipe V, en torno a 1707, aunque en la práctica modificarán poco la marcha del señorío. A lo sumo se sustituyeron los antiguos cargos forales municipales por el de alcalde mayor, alcalde ordinario, regidores y teniente de frutos, siempre nombrados, desde luego, por el Real Colegio entre los vecinos del lugar.

En 1754, se iniciaban los trámites para la construcción de la actual iglesia de San Miguel, en la misma ubicación que la anterior. Para ello, Burjassot pediría ayuda al Real Colegio, al tiempo que permiso para ocupar el terreno de la dehesa que se precisaba, en tanto que la planta de la nueva iglesia era mayor que la de la anterior. Las obras se iniciaron, finalmente, en 1765, bajo la dirección de arquitecto fray Francisco de Santa Bárbara, y no finalizarían hasta 1780. Para entonces, Burjassot era una población en plena expansión, ya que en 1752 disponía de 148 casas y 386 cahizadas de terreno cultivable. Junto a los agricultores locales, existían muchos otros dueños de tierras que no eran propiedad del Colegio del Patriarca, aunque sí estaban sujetas a sus censos. Así, se aprecian muchas casas y parcelas del clero de San Martín, de San Esteban, de San Salvador, de San Andrés, de San Nicolás, de San Juan del Hospital, del convento de San José, del Colegio de Santo Tomás Villanueva, junto con otras parcelas en manos de la nobleza, como la marquesa de la Casta, el conde de

Parcent, el conde de Carlet o don Joaquín de Castelví, sin olvidar al doctor Baltasar Mallent, que poseía 27 cahizadas y una casa. La relación de casas y tierras aporta algunos datos de interés, como la existencia de tres eras, propiedad de Miguel Soriano, Vicente Valero y Vicente Bueso. Por otra parte, desde 1754 se habían iniciado las obras de reconstrucción de los Silos, que habían permanecido sin uso y abandonados durante el medio siglo anterior. La expansión natural de Burjassot hacia los Silos se aceleraba y el ayuntamiento de Valencia tuvo que poner freno a esa tendencia natural prohibiendo al *Corpus Christi* que, como dueño, autorizara la construcción de casas en los alrededores de los Silos.

Antonio José de Cavanilles, el célebre botánico y geógrafo, ponía a Burjassot, entre otras poblaciones, como ejemplo de buenas condiciones higiénicas y saludables. El motivo no era otro más que la ausencia en sus alrededores de cultivos de arroz, en contraste con poblaciones que sí lo cultivaban. Los datos, publicados en su obra *Observaciones*, son elocuentes, pues demuestran que el mayor número de nacimientos y el menor número de óbitos se producen en los lugares sin cultivo de arroz. Estos datos estadísticos dieron pie a Cavanilles para demostrar la relación directa entre las condiciones de humedad con las de poca salubridad, en particular con el paludismo. En concreto, para Burjassot aporta las siguientes cifras: en 1730 el número de vecinos era de 199, que se convirtieron en 320 en 1787. Durante aquel período de 57 años habían nacido en Burjassot 3.285 personas, mientras que los fallecidos sumaban tan sólo 2.094. A falta del saldo migratorio, los datos reflejan un crecimiento natural de la población, en torno a unas 21 personas al año, lo cual es muy diferente de lo que ocurría en las zonas arroceras, algunas incluso con regresión poblacional.

Elementos industriales se detectan en las numerosas balsas para curar cáñamo en distintas partidas de la huerta y en un segundo molino denominado “del Raig”, en las cercanías del límite con Benicalap. De hecho, los dos molinos eran piezas importantes en el organigrama del Real Colegio de *Corpus Christi*, pues en ellos se realizaba la molienda del trigo que el Colegio recibía de las distintas rectorías. En 1754 se abre un segundo horno en la calle *dels Obradors*, señal inequívoca del aumento de población y de la intensa actividad económica de esa zona de expansión de la villa. Otro elemento en el siglo XVIII de transformación de la materia prima agraria en producto elaborado es la almazara, que sustituiría a la primitiva documentada al menos desde el siglo XVI. Así, en 1734 es arrendada a Jaime Suay y Vicente Bueno por 60 libras anuales y un plazo de 8 años; en 1769 se arrienda a Josep Riera la almazara junto con 6 cahizadas de tierra de la partida de la Coma de Godella (6 años a 52 libras por año); por último en 1796 se documenta el arriendo de la almazara por 6 años a Josep Riera y Linares, junto con 58 hanegadas y 3 cuarterones en diversas partidas del término, por un importe de 306 libras anuales.

Los Silos de Burjassot continuaban con su función desde que fueron recuperados por el intendente del reino, el marqués Malespina, a requerimiento del

todopoderoso marqués de la Ensenada, con la doble función de ser usados para el almacenamiento del trigo del rey junto con el de la ciudad de Valencia y su Contribución. Las sucesivas reformas y ampliaciones, que se han documentado desde 1754 hasta 1788, culminaron ese último año con la colocación de una placa junto a la puerta de entrada de carros. Sin embargo, la placa fue retirada por el marqués de Santa Bárbara y sustituida por la actual que está empotrada en el muro junto a la puerta de entrada del almacén. Esto ocurría en 1806, y la ciudad de Valencia quiso reflejar entonces una segunda inauguración, después de la construcción de ciertos elementos como el pozo con brocal pétreo y tejadillo y, probablemente, los pretilos con asiento del perímetro del patio. Sin embargo, ese siglo XIX que comenzaba con inauguraciones, también dejaría constancia de diversos episodios bélicos que afectarían tanto a los Silos como a Burjassot.

En efecto, la primera sería la invasión napoleónica de 1808, que derivaría en una pronta reacción popular convertida en guerra abierta entre los liberales españoles, ayudados luego por el ejército inglés, y las tropas al servicio del rey impuesto, José Bonaparte, como cabeza de una nueva dinastía absolutista. La paulatina toma de control del suelo hispano por las tropas francesas tuvo una pronta repercusión en Burjassot. Valencia sufrió, tras la revuelta popular antifrancesa de mayo de 1808, un primer sitio en junio de ese año a cargo del mariscal Moncey. No se conocen datos que aseguren actividad militar alguna en Burjassot entonces, pero tras el fracaso de Moncey y su retirada, el general José Caro, segundo comandante general de las fuerzas armadas del reino, ordenó un bando en 1809 por el que se incitaba a formar “partidas de guerrilla” en los pueblos de la Huerta. Sin embargo, la orden directa de Napoleón en 1810, daba pie al general Suchet a marchar sobre Valencia dispuesto a hacerla capitular. Tras un primer intento fallido en marzo de ese año, el recién ascendido mariscal Suchet desplegaba las tropas del tercer cuerpo del ejército en torno a la Capital en septiembre. Tuvo Suchet la brillante idea de utilizar los dibujos que Alexander Laborde había hecho pocos años antes. En concreto, su célebre grabado “Valencia desde el lugar de Burjasot”, que Laborde había esbozado desde varias terrazas de Burjassot.

Con todo, el recuerdo de los franceses en Burjassot no puede decirse que fuera muy positivo. Pese a su condición católica y a sabiendas de las órdenes expresas del mariscal Suchet contra los abusos y saqueos, lo cierto es que la tropa francesa había saqueado la iglesia de San Miguel y la ermita de San Roque, despojándolas de muchos de sus elementos artísticos y de cuantas joyas y ornamentos de plata pudieron encontrar. Cuentan los cronistas que la imagen de la Virgen de la Cabeza también fue requisada y se precisó de las súplicas vecinales para su devolución.

Los cargos municipales, destituidos desde 1808, fueron repuestos en 1814. La dominación francesa algunas secuelas había dejado en Burjassot. Quizá la más importante para la futura expansión urbana de la población fuera que la guerra había impedido la construcción de un nuevo calvario y *vía crucis* entre la explanada de los

Silos y la población, en sustitución del antiguo y muy derruido ubicado detrás de la ermita de San Roque. La propuesta de los ediles de Burjassot se había enviado al rector del Colegio del Patriarca en 1808, en vísperas de la ocupación napoleónica; terminada la guerra, se optó por suprimir el cementerio antiguo, en las inmediaciones de la iglesia de San Miguel, y crear uno nuevo, siguiendo las nuevas pautas higiénicas que marcó la reciente inauguración de cementerio de Valencia extramuros. La inauguración del nuevo cementerio de Burjassot, que bordeaba el calvario, se realizó en 1816.

Mientras tanto, y una vez repuesto en el trono Fernando VII, los problemas no terminaban, dado que la lucha entre las ideas liberales y absolutistas no había hecho más que empezar. Fernando VII, tras la proclamación de Rafael de Riego en 1820, fue obligado a jurar la Constitución liberal de Cádiz, con lo que se iniciaba así el Trienio Constitucional (1820-1823), pero en cuanto pudo, como no podía esperarse menos de un consumado absolutista, el rey se retractó y pidió ayuda a las potencias europeas, que no dudaron en concedérsela mediante el envío de un ejército denominado “Los Cien Mil Hijos de San Luis”. Mientras dicha tropa se desplazaba a España, las fuerzas realistas, comandadas por el general ilicitano retirado Rafael Sempere, ocupaban varias poblaciones de la Huerta e instalaban su cuartel general en Burjassot en 1823, con la intención de ganar Valencia para su causa. Fue entonces cuando se formaría en Burjassot la Junta Superior Gubernativa del Reino de Valencia. Bajo la presidencia de Sempere, formaron junta conocidos anticonstitucionalistas, como Mahamud, Prats, Capapé, junto con nobles como los marqueses de Villores y de Mascarell, así como miembros del clero, como el dominico y catedrático de la Universidad, José Vidal, o el arcediano de Xátiva, Juan del Castillo y Carroz. Desde Burjassot se planeó y ejecutó una fuerte represión por los pueblos de alrededor, al tiempo que se llenaban sus plazas de pasquines y panfletos contra la Constitución y a favor de la monarquía. Finalmente, la invasión de las tropas internacionales propició que Fernando VII entrara triunfante por el Grao y, según cuentan los cronistas, una de las visitas incluyó un paseo por los Silos de Burjassot, al igual que ya hiciera en 1599, como es bien conocido, su antecesor en el trono, Felipe III, con motivo de su boda con Margarita de Austria. Según López Laguarda, Fernando VII calificó en esta ocasión a los Silos como “Balcón de España”.

La tercera intervención militar del siglo XIX que padeció Burjassot iba a ocurrir en el contexto de la contienda civil planteada en la primera guerra Carlista que se había iniciado entre los fieles a la regente María Cristina, curiosamente liberales, y los partidarios del príncipe Carlos, acérrimos absolutistas que no reconocían como futura reina a la infanta Isabel II. Los voluntarios realistas fueron obligados a desarmarse, y varios grupos que se negaron se congregaron en Burjassot y proclamaron al infante Carlos rey de España. El asunto no tuvo mayores consecuencias, pues las partidas realistas no tuvieron fuerza suficiente para desestabilizar el estatus creado. Pero el 29 de marzo de 1837, el general carlista Ramón Cabrera, conocido como “el Tigre del Maestrazgo”, se aproximó con su caballería a Valencia y pilló por sorpresa a las fuerzas cristinas en la luego denominada “acción del Pla del Pou”, en el término de Paterna. En

aquel llano, a medio camino entre Liria y Valencia, por culpa de una grave descoordinación entre Antonio de Sequera y Carvajal, brigadier segundo cabo del cuerpo del ejército que defendía Valencia, y el comandante de la columna isabelina, el coronel Mariano de los Cobos, que había partido de Liria y esperaba en el Pla del Pou las órdenes que tardaban en llegar de Valencia, el carlista Cabrera atacó la compacta columna y capturó a más de treinta oficiales y suboficiales, para dirigirse victorioso a continuación al cercano Burjassot. Pero al llegar a *Mas d'en Rosari*, según narra Martínez Aloy, haría allí un alto para ordenar el fusilamiento de todos los detenidos, como se ha demostrado al encontrarse los restos *in situ*, dato corroborado en el registro de defunciones de la parroquia de Paterna, revisado por Martínez Aloy. Para cuando los carlistas entraron sin resistencia en Burjassot, el tendencioso rumor que llegaba a Valencia era que habían fusilado a los oficiales y sargentos en la explanada de los Silos, en medio de una gran comilona ambientada con música militar para celebrar el cumpleaños de don Carlos. La propaganda de esta acción de Cabrera mantuvo como cierta esta partidista versión, a la que dio alas la prensa de la capital y alguna biografía apócrifa de Ramón Cabrera. El equívoco se mantendría durante décadas, y Burjassot fue símbolo del sacrificio de los “Mártires de la Libertad” hasta el punto de que a comienzos del siglo XX cada año los republicanos iniciaban una marcha cívica desde Valencia cuyo destino era la actual plaza de San Roque, detrás de los Silos, lugar donde se celebraba la “Fiesta de la Libertad”, tantas veces narrada en el diario *El Pueblo*. Fruto de esa veneración a la memoria de los fusilados, se iniciaría la construcción de un obelisco en su memoria en 1911, monumento que tras diversas vicisitudes burocráticas fue inaugurado en 1918 en la recién modelada plaza de Emilio Castelar, frente al ayuntamiento, en lugar de hacerlo siguiendo las directrices del proyecto inicial de los dirigentes de la ciudad de Valencia, los cuales preveían la supresión de la cruz central de los Silos para colocar en su lugar el obelisco. El general Cabrera, tras los tristes sucesos, montaría su campamento en Burjassot mientras intentaba penetrar en Valencia. Pero retrocedió al no conseguirlo, para volver tres meses después, ahora con Carlos de Borbón, el pretendiente a la Corona. Según relató en 1846 Dámaso Calbo, el pretendiente fue recibido en Burjassot con luminarias en su honor. Sin embargo, la presión de las tropas cristinas evitó que Cabrera entrara en Valencia, pese a su presión por la calle Murviedro y su débil penetración hasta la Plaza de Santa Mónica, de donde no pudo pasar.

La cuarta intervención militar en Burjassot se produciría años más tarde, en plena I República, de la mano de la partida carlista “de la manta”, comandada por el castellanense Pascual Cucala y su hijo, que dominaron gran parte del Maestrazgo durante la III Guerra Carlista. A principios de diciembre de 1873, la caballería de Cucala se enfrentó en las inmediaciones de Burjassot contra una compañía de carabineros, a la que causó varias bajas, y llegó a las puertas de Valencia, donde penetró por sorpresa por el camino de Murviedro, para retirarse al poco en dirección a Alberique.

Con todo, las citadas acciones bélicas no modificaron para nada la actividad municipal de Burjassot, controlado por su dueño, el Colegio de *Corpus Christi*, hasta 1870, y por los terratenientes que habían ido acumulando propiedades en su exiguo término municipal. Sin embargo, era el Real Colegio el que nombraba a los regidores municipales y al que se tenía que solicitar permiso para cualquier nueva actividad. Un ejemplo: el calvario de Burjassot estaba ubicado a principios del siglo XIX junto al cementerio, en la parte trasera de la ermita de San Roque. El deterioro por vandalismo, y las burlas e insultos de que eran objeto las mujeres que iban allí a orar, motivó la solicitud de los dirigentes de Burjassot para que se pudiera construir un nuevo calvario en la zona comprendida entre los Silos y el pueblo. La petición no llegaría a cristalizar y el calvario se perdió a favor del crecimiento del cementerio, que perduraría hasta 1887, cuando se comenzó la construcción del nuevo en el emplazamiento actual.

El Real Colegio mantuvo mientras pudo tanto la propiedad de Burjassot como sus privilegios señoriales, pero desde que se inició el fenómeno desamortizador en las Cortes de Cádiz, fue perdiéndolos en un proceso lento pero constante que iría eliminando todos los vestigios de feudalismo que le quedaban. Mucho antes, en marzo de 1762, pierde el Colegio los derechos del cobro del tercio-diezmo y del morabatín a favor de la Corona, y en el siglo XIX perdería las rentas enfitéuticas y otros derechos señoriales merced a las distintas medidas liberales y desamortizadoras que se fueron sucediendo. Ahora bien, la propia condición del Colegio del Patriarca, difícil de encajar como clero regular y no sujeta a la estructura eclesiástica, unida a su capacidad para litigar por sus derechos, hicieron que los recursos y las peticiones de excepciones de las leyes desamortizadoras tardaran en surtir efecto en sus propiedades. Pese a la defensa a ultranza de sus derechos señoriales y a capear el temporal de la desamortización de Mendizábal en 1835-1837, la segunda desamortización, la de Madoz en 1841, sí que hizo temblar la institución. Y eso a pesar de las negativas y dilaciones que planteaban los abogados del Colegio. Una nueva ley de 1855 obligaba al *Corpus Christi* a relacionar sus bienes para que el Estado los confiscara y subastara, lo que provocó una súplica, que no prosperaría, del Colegio ante la reina Isabel II, buscando que se le exceptuara de esa ley. Sin perder la esperanza, el rector del Real Colegio intentó que se incluyera la institución en una excepción prevista por la ley, dado que se podía considerar como un organismo de beneficencia y de instrucción pública, pero nada se pudo hacer contra la decisión de la Junta Provincial, lo que motivaría una nueva "Real Orden", en 1866, que declaraba expresamente desamortizables los bienes del Real Colegio. El conflicto, ya convertido en pleito contencioso-administrativo, llegaría al Supremo Tribunal de Justicia. Los propios alcaldes de Alfara y Burjassot, para enmarañar más el asunto, se pondrían de parte del *Corpus Christi*, y ante el propio Consejo de Estado declararían, por medio de su representante Ramón Vinader, que no deseaban para sus poblaciones la emancipación. La demanda se presentó en julio de 1867, lo que obligaría a dictar una

sentencia modélica en cuanto que el Consejo de Estado ya había decidido la resolución del pleito. En efecto, en lugar de declarar la demanda de Alfara y Burjassot como improcedente por “estar la cosa juzgada”, la admitieron a trámite para luego, tras la ponencia del ministro Tomás Huet, fallar el Supremo “que debemos declarar y declaramos no haber lugar a la demanda interpuesta por los pueblos de Burjasot y Alfara del Patriarca...”, sentencia que, además de publicarse en la Gaceta de Madrid (20-12-1869), se incluía en la *Colección legislativa* por deseo del Consejo de Estado. Aquel había sido el último cartucho para mantener el señorío, al menos nominalmente.

AYUNTAMIENTO INDEPENDIENTE

Las sucesivas subastas de los bienes desamortizados en Burjassot, pese a la oposición obstinada de la alcaldía, que solicitaba al general Serrano, regente del reino, que se declarasen libres de venta las fincas de la localidad, se realizaron entre enero y agosto de 1870. En mayo del año siguiente, el rector del Colegio certificaba que se había donado a los ayuntamientos de Burjassot y Alfara la parte de los respectivos castillos señoriales suficientes para que se pudieran “celebrar las sesiones ordinarias, juntas generales, actos de reemplazo del Ejército, local para la prisión y su guardián y la cisterna, como venía haciéndose desde tiempos inmemoriales”, según Chiralt Bailach. Tras la subasta de los bienes que el Colegio del Patriarca tenía en su antiguo señorío, el Estado no pudo vender fácilmente algunas casas expropiadas. Y, como solución, el Ministerio de Hacienda decidió incluir una casa de Burjassot en una rifa ligada al sorteo de la Lotería Nacional del día 24 de mayo de 1872. El número agraciado, por cierto, en aquel sorteo fue el 10.790.

Anécdotas aparte, la realidad es que el ayuntamiento de Burjassot estaba muy agradecido al Real Colegio porque éste había ido cediendo en los últimos años mucho terreno y bienes a la población: en 1789 había cedido un terreno en la calle Obradores para la construcción de una escuela; en 1853 una nueva cesión de terreno para la ampliación de la misma escuela; el 31 de diciembre de 1861 se firmaba la cesión de la “plaza de la Dehesa de Mallent”, en aquellos terrenos que habían pertenecido al doctor Baltasar Mallent en el siglo anterior, una parcela de 220 palmos de largo y 122 de ancho que se cedía al pueblo para la construcción en ella de una plaza de mercado.

Se trata de una época de continua expansión de la población, que, encajonada por los caminos que llevaban a Bétera y a Liria (calles Mayor y Obradores respectivamente), no tenía más solución que ensancharse hacia los Silos por las calles Nueva y Abadía (hoy Obispo Muñoz y Jorge Juan) en detrimento de las eras y de las cuevas que habían comenzado a excavar desde al menos 1840 en los alrededores de los Silos. La ordenación urbana de la plaza de Mallent aceleró la expansión de Burjassot hacia los Silos, hasta el punto de que una de las primeras decisiones que aparecen en los primeros libros de actas que se conservan del Consistorio es la que

hace referencia a la expropiación y supresión de las cuevas que existían entre la plaza de Mallent y los Silos para la posterior parcelación y venta del terreno a las familias burguesas de Valencia que desearan construir sus casitas y “chalets” en Burjassot para veranear. La operación salió redonda para la población, pues sustituyó cuevas por chalets y desplazó a los pobres para dar la bienvenida a los acaudalados. Las cuevas, pese a las apariencias, continuaron en otras áreas, como la zona alta de Canterería y los laterales de los caminos a Liria y a Godella, aunque con la exclusividad de excavación de nuevas cuevas sólo para los naturales de Burjassot, y nunca para los forasteros. En realidad, el fenómeno de la vivienda troglodita era intrínseco a Burjassot desde tiempos inmemoriales, con la utilización como habitación de algunas *coves de la terra de escurar* con la veta agotada, pero desde el siglo XVIII, y no desde el XIX como se ha venido afirmando insistentemente, se pueden testimoniar esas viviendas merced a una referencia directa que aporta el jurista Marco Antonio de Orellana en su obra *Biografía Pictórica Valentina*. En ella transcribe un poema del pintor Juan Collado (1731-1767) extraído de una carta de la correspondencia que mantuvo con el padre fray Roque Sanchiz, que por su trascendencia merece la pena reproducir:

¿No has vist per sort, o ventura
si en Burjasot has estat,
torcent lo coll a un costat,
prenit un poch a la esquerra,
les covetes de la Terra?
Pues catatelo pintat.
Viu coses molt momorables,
dignes de anarles notant,
viu que se estan desplomant
les cases com unes estables;
altres en viu mes notables,
y dignes de admiració,
criatures a muntó,
fam, desdicha, y poca roba,
y viu, que cascú en sa cova
tenía esta provisió.
Viu al entrar en mon cau
per un raig de llum, que asoma
una escala, que es desploma,
y un apozeno que es cau...

Pobreza, indigencia, hambre y miseria es lo que reflejan estos versos al referirse a “les covetes de la terra” de Burjassot. La estampa era tan exótica para valencianos y forasteros que era motivo postal, ya que este mismo fenómeno afectaba a otras

poblaciones cercanas. El doctor Cervellera abogaba, en 1921, por la supresión total de las cuevas alegando razones sanitarias, pero lo cierto es que numerosas cuevas han continuado habitadas hasta la década de los setenta del siglo pasado.

En pleno Sexenio Revolucionario, los sentimientos encontrados pronto se vieron reflejados en dos corrientes políticas: la monárquica y la republicana. El primer alcalde republicano que tuvo Burjassot fue Jaime Urios Safont, el cual daba cuenta el 15 de febrero de 1873 de la abdicación del efímero monarca de importación Amadeo I y de la proclamación de la República por la Asamblea en Madrid cuatro días antes. Los primeros pasos del ayuntamiento independiente no fueron todo lo fáciles que pueda suponerse. De entrada, los problemas presupuestarios eran enormes, pese al intento de solución con la venta de parcelas del ensanche hasta los Silos. En este sentido, cabe citar la apertura en 1877 de un acceso nuevo al patio de los Silos mediante una escalinata en la parte trasera que miraba al pueblo. El ajardinamiento de sus inmediaciones se iba a sufragar, en gran parte, con las donaciones que las familias de la incipiente colonia veraniega de Valencia habían aportado para tal efecto, mientras que los gastos de las obras de construcción de la escalinata y de adecuación de rasantes eran compartidos por los dos ayuntamientos implicados. Desde ese momento, el salto de las construcciones más allá del monumento era sólo cuestión de tiempo, de manera que Burjassot fue creciendo hasta los límites con Godella y Paterna.

Es cierto que existían a finales del siglo XIX bolsas de pobreza importantes en Burjassot, como las zonas de cuevas que se iban arrinconando en los límites del municipio, pero también lo es que los nuevos habitantes intermitentes, esto es, los veraneantes valencianos, precisaban unas comodidades que complementaran el clima y la tranquilidad que les reportaba la ciudad de los Silos. A la par, el progreso de comercio e industria aumentaba la necesidad de confort de los burjasotenses. Por ello, el Ayuntamiento hubo de dotar a sus calles de alumbrado a gas, mediante la Compañía Lebón, a sus casas de agua corriente, a través de la empresa Rubert, a mejorar la calzada de sus calles, verdaderos barrizales a poco que lloviera, a inaugurar teatros como el “Teatro de Novedades”, pero sobre todo, lo que se veía imprescindible, dado el enorme trasiego de personas y mercancías, era un medio de transporte más rápido y eficaz que los carros y tartanas que eran utilizados para la comunicación con la Capital.

En 1885, se creaba en Valencia la empresa Sociedad Valenciana de Tranvías (STV), cuyo director era el ingeniero y político Juan Navarro Reverter, gran amigo del impulsor del ferrocarril, el marqués de Campo. La empresa llevó a cabo un estudio sobre el trazado de un tranvía o ferrocarril que comunicara Valencia con Llíria. Un año después, el Gobierno aceptaba la transformación del proyecto en el de un ferrocarril económico. La construcción comenzaba en agosto de 1887, y para julio de 1888 se abrían al tráfico ferroviario los 26,8 kilómetros de la nueva línea. El éxito económico alentó a la STV a solicitar un nuevo trazado que comunicara el Grao, Valencia, Bétera y

Rafelbunyol. La concesión gubernamental llegaría en agosto de 1889, y los trabajos de tendido se llevaron a cabo en tres fases, hasta 1893. La primera, inaugurada en noviembre de 1891, alargó el trazado desde la estación de Empalme (Burjassot) hasta Bétera, con una longitud de casi 15 km. En una segunda fase, inaugurada en julio de 1892, se construiría la estación central del “Pont de Fusta”, y el ramal hasta el Grao. La última fase serviría para comunicar “Pont de Fusta” con Rafelbunyol, adonde llegaron los trenes en noviembre de 1893. Además de la estación de Empalme, en donde se unían el ramal de Liria con el del Grao a Bétera, en terrenos del término de Burjassot se construyeron dos estaciones de tercera categoría, la de Burjassot la de Godella, en el *pla de Dotres*, llamado así en honor a Gaspar Dotres. Las estaciones de Burjassot-Godella y Canterería se construirían mucho después. Los motivos de la SVT eran claramente económicos, pensando más en el transporte de mercancías que en el de personas, pues la puesta en comunicación de las poblaciones implicadas con Valencia y el puerto, brindaba grandes expectativas a la burguesía industrial, según afirmó el ingeniero jefe del proyecto, José Verdú Martín.

Sin embargo, no todo el mundo había recibido con entusiasmo la noticia del tendido de las vías del ferrocarril económico del Grao a Bétera. De hecho, los terratenientes de Burjassot y Godella no estaban por la labor, y se armaron de valor para plantear recursos. Tanto la Ley de Expropiación de enero de 1879 como su reglamento de junio del mismo año dejaban sentada la prioridad de las expropiaciones, pero el trazado planteado pasaba por terrenos de José Aznar Delgado, Gerardo Olmos, Francisco Bonora, Salvador Rubert, José Estellés, Salvador Geus, Vicente Almenar, Enrique Blesa y Carolina Álvarez Ruiz. Todos ellos, junto al sobrino de la última como su representante, José Fernández Navarrete, marqués de Tremolar, plantearon un recurso de alzada ante el Ministerio de Fomento contra la providencia del gobernador civil de octubre de 1890. Pero los informes solicitados dieron la razón al ministro de Fomento, y la regente María Cristina dio luz verde a las expropiaciones.

En paralelo a la puesta en servicio del ferrocarril, surgía una propuesta, esta vez más modesta, de transporte por tranvía. A principios de marzo de 1887, en la Dirección General de Obras Públicas se recibió una instancia y proposición del empresario valenciano Tomás Ferrer Navarro, solicitando la concesión de un transporte en tranvía, con motor animal, de Valencia a Burjassot por la carretera de segundo orden de Valencia a Ademuz. La Ley de Ferrocarriles requería el anuncio oficial en espera de otras posibles proposiciones que mejoraran la anterior. Mas no se presentó ningún otro postor para la concesión del tranvía. Por ello, en septiembre de 1888 el Ministerio decidió redactar un pliego de condiciones para un “servicio de transportes de viajeros por tranvía movido por fuerza animal entre las poblaciones de Valencia y Burjasot y Godella”. Sorprendentemente, el peticionario, Tomás Ferrer, cedía sus derechos a la sociedad Pascual Carles y Compañía. El Ministerio accedía a ese cambio de titularidad, y la regente María Cristina firmaba el decreto en febrero de 1889. Tan sólo cinco

meses después, dado que este transporte no necesitaba de grandes obras, se inauguraba la línea de tranvía citada.

En cuanto a la vida municipal de esa época, el sistema turnista en el gobierno de la nación también tenía su reflejo en las elecciones municipales de Burjassot, que se celebraban cada dos años desde la restauración de la monarquía y el pacto Cánovas-Sagasta. No eran estas unas elecciones con voto universal. Tanto electores como elegibles habían de ser varones, mayores de edad y con un nivel de renta preestablecido, de modo que no votaban los pobres, ni por supuesto las mujeres. Como ejemplo, en las elecciones de diciembre de 1889 el número de electores en Burjassot era de 261 y el de elegibles, para una elección de 10 concejales, era de 100. De entre los concejales, el gobernador civil nombraba al alcalde, con independencia de la composición política del consistorio. En la práctica, los partidos políticos se turnaban en el gobierno en Madrid, mientras que nombraban a los gobernadores civiles de entre sus filas. El control parecía absoluto, sobre todo con el sistema caciquil que imperaba en gran parte de España. Pero en Burjassot las tensiones políticas entre los diversos partidos eran tales que muchas veces terminaban empatados a número de concejales en las elecciones.

La década final de fin de siglo era una época de consolidación del republicanismo en Burjassot, con un Vicente Blasco Ibáñez que despuntaba como líder político y que había pasado en el chalet construido por sus padres junto a los Silos gran parte de los veranos de su adolescencia. En torno a su figura se forjaría el partido Unión Republicana Autonomista (PURA), que tanta fuerza electoral tuvo hasta las elecciones de 1936. De hecho, Burjassot era, en palabras de Ramir Reig, “apassionadament blasquista”, un reconocido feudo del blasquismo donde el político y novelista había realizado numerosos mítines entre 1892 y 1907. Junto al republicanismo, los años finales del siglo XIX sirvieron para la consolidación de la sociedad de obreros albañiles, subsidiaria de la valenciana “La Constructora”, y que más tarde, en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, llevaría a la creación de la Sociedad de Obreros Albañiles “El Progreso”. También cabe citar la fundación de la Unión Obrera Agrícola, cuyo primer presidente fuera Roque Valero.

De esta época finisecular, cabe citar la estancia en Burjassot del que luego fuera célebre escritor Pío Baroja. Sus padres adquirieron una casita en la carretera de Lliria poco después de la muerte de Darío, un hermano del escritor, quien por entonces estaba estudiando medicina en Valencia. Baroja pasó largas estancias en Burjassot, y de sus observaciones dejaría huella en sus novelas, sobre todo en Camino de Perfección y en El Árbol de la Ciencia, donde narra la muerte de un hermano del protagonista.

UN NUEVO SIGLO

En el cambio de siglo no es de extrañar que la población autóctona y la colonia de veraneantes tuvieran necesidades de agua corriente en sus casas. Ya en 1891, Salvador Rubert había solicitado al Ayuntamiento la contrata para canalizar agua corriente a las casas, agua que surtía del manantial de su propiedad en la plaza de la Concordia. Se trataba de un agua alcalina, ligeramente turbia, pero mucho menos peligrosa para la salud que la extraída de los pozos particulares o públicos. El empresario Rubert obtenía la concesión un año después y mantuvo durante décadas el servicio. En 1921 el cupo de cada hogar estaba establecido en 250 litros diarios y su coste era de ocho pesetas mensuales. En 1903, se abrió al público el pozo particular de Antonio Chiarri, en la calle Progreso, con un agua, según el análisis de Vicente Peset, de tal calidad que era comparable a la de Benasal, por lo que se usaba generalmente para bebida. Por último, un emprendedor Vicente Soliveres Díaz solicitaba en 1905 que se declarase de utilidad pública el establecimiento proyectado en Burjassot de baños de aguas minero-medicinales del Manantial Virgen de la Cabeza. Rafael Fraile Herrera, médico inspector informaba que las aguas eran bicarbonatadas sódicas ferruginosas, y que emergían 5.100 litros cada hora. Podían, desde luego, utilizarse tanto para bebida como para baños. El Consejo de ministros aprobaba la temporada oficial de baños de junio a septiembre. La protección del venero era de dos kilómetros de radio a la redonda, y como reunía las condiciones exigidas, el nuevo rey Alfonso XIII disponía, en junio de 1905, que se otorga la declaración de utilidad pública, tanto para los baños como para el embotellado de aguas.

En 1906 se daban las condiciones técnicas y de demanda para la adecuación del servicio de tranvías, hasta entonces movido por mulas y caballos, a los tiempos modernos. La amplia colonia de veraneantes que disponían de una casa en Burjassot, junto al fuerte flujo de obreros que utilizaba el servicio para acudir a su trabajo, necesitaba un tranvía eléctrico. La compañía concesionaria presentaría en 1910 un expediente ante la secretaría de Obras Públicas del Ministerio de Fomento. Se pidieron informes, que serían favorables, a la Diputación Provincial, a la División de Ferrocarriles y a la compañía concesionaria del ferrocarril de Valencia a Bétera. Sin embargo no era tan fácil el cambio, pues no sólo se trataba de cambiar los vagones y "motores"; se tenía que modificar el trazado, las rasantes, las vías y las calzadas, en las que había de colocarse un encintado de adoquines junto a los carriles, al tiempo que era obligada la separación entre los postes del tendido eléctrico y los de la red telefónica que discurría por la carretera Valencia a Torres-Torres.

El trazado por Burjassot discurriría en sentido ascendente por la calle Mayor hasta las cocheras en la calle Buenavista, en el límite con Godella, mientras que el sentido descendente se haría por la plaza Emilio Castelar y la calle Jorge Juan hasta unirse ambas a la altura del inicio de la calle Valencia. La seguridad de los viandantes también era tenida en cuenta a la hora de planificar el diseño de las defensas de los coches. Sin embargo, el plazo de ejecución de las obras estaba previsto para dos años, de modo que al subastarse las obras y no encontrar postor, el Gobierno decidía realizar

las obras directamente, por administración, al menos las que se precisaban en el tendido de vías del trozo de carretera de Valencia a Burjassot, porque entendía que el servicio tenía suficiente “importancia y urgencia”, dadas las “razones económicas”. Y para ello, en marzo de 1910 dotaba la adecuación de las vías con más de cien mil pesetas. Dicha cantidad sería rebajada en un 25% dos meses después, al parecer por problemas presupuestarios.

Las obras se extendieron a lo largo de varios años, y mientras se tendían las vías y la instalación eléctrica, en Burjassot se construía una nueva y enorme Casa Consistorial junto a los Silos, con juzgado y escuelas para niños y niñas en el mismo edificio, que sería inaugurada en 1915, aunque un año después todavía permaneciera en obras. El lugar elegido para convertirse en el centro neurálgico de la población era el paseo de los Silos. El Consistorio continuaba regido por las dos corrientes políticas, la republicana, mayoritaria, y la monárquica. Pero era tal el modo de entender la política de consenso que en enero de 1917, por poner un ejemplo, se aprobó por unanimidad el cambio de nombre de dos calles, la Mayor y la Nueva, que pasarían a llamarse desde entonces Vicente Blasco Ibáñez y Obispo Muñoz Izquierdo, el uno por su vinculación a Burjassot y celebrarse su 50 aniversario y el otro por ser burjasotense y haber sido nombrado ese mismo año obispo de Vic.

A comienzos de la década de 1920, dos acontecimientos iban a destacarse sobre la cotidianidad de los burjasotenses. Por un lado, en 1921 se iniciaba la construcción en la calle José Carsí de una nueva casa-cuartel de la Guardia Civil, dado que la antigua, ubicada en la calle Zamora, no disponía de unas mínimas condiciones de habitabilidad. El ayuntamiento, para sufragar los gastos, emitió unas acciones nominales que podían ser adquiridas por cuantos desearan la pronta puesta en marcha del cuartel. Acudieron a su inauguración en 1922 el alcalde, Emilio Moreno Santamarta, hijo del héroe de Cuba “Comandante Moreno” y único alcalde monárquico elegido democráticamente desde que comenzara el siglo, así como concejales y los mayores contribuyentes, que eran los más interesados en la puesta en marcha del cuartel, debido a que existían en Burjassot algunos arrabales conflictivos, bolsas de pobreza y, en ocasiones, delincuencia. El otro suceso que influiría en el devenir de Burjassot sería la instalación en 1921, aunque otras versiones afirman que se inauguró en 1914, de la fábrica de *portland* Fort, llamada de “Cementos Turia” a partir de la posguerra. Con una producción inicial de 3.000 toneladas anuales, estaba instalada en el nuevo camino de Valencia a Burjassot, junto al Empalme y muy cerca de las primeras casas del pueblo, y daría trabajo a algunos burjasotentes mientras que perjudicaba la salud de todos por sus continuas emisiones contaminantes. Otras industrias importantes eran Hilaturas Navarro-Cabedo, en l’Eixereta, conocida por su especialización en tejidos de yute, hilados y trenzados, o Frigorífico Levantino, en el Empalme, cerca de donde estaba la fábrica de tejidos de seda y tapicería de Pamplo, propiedad de Anselmo Boix desde 1878. Las industrias iban ocupando tierras que antes habían sido productivas, y la demanda de mano de obra hacía que a Burjassot llegaran

emigrantes de la comarca de Los Serranos o de la provincia de Teruel, siempre con vistas a su colocación en el ramo de la construcción o en las industrias textiles, sobre todo sederas. La proximidad a Valencia y la facilidad para construirse sus propias casas baratas o simplemente la excavación de las paredes de las canteras abandonadas formando cuevas habitables, hicieron de Burjassot una temprana “localidad dormitorio”.

La dictadura del general Miguel Primo de Rivera, a partir de 1922, frenó la actividad política republicana, replegada en sociedades civiles como “El Ideal” y “La Constancia”, donde permanecería latente, y la conflictividad social, sobre todo con la creación de la Sociedad de Obreros Albañiles “El Progreso”, de la que eran miembros muchos trabajadores y gran parte de los pequeños patronos. Sin embargo, en los últimos años de la dictadura, tanto la organización sindical CNT como el partido Republicano fueron perdiendo el miedo y tomando auge. La verdad es que el ayuntamiento de Burjassot mantenía cierta unidad política en cuanto a cuestiones mayores que pudieran beneficiar a la población. Un ejemplo conocido es la negociación mantenida en 1927 con el obispo Francisco Muñoz Izquierdo, por entonces capellán de Alfonso XIII y senador real, para que abogara ante el gobierno por la solicitud de segregación de parte de la partida de La Coma de Paterna y su agregación al término de Burjassot, en el camino de Liria. Las gestiones del obispo burjasotense darían su fruto, aunque no todo el apetecido, y Burjassot consiguió ampliar su angosto término. El otro gran asunto de fin de década sería la anexión frustrada de Burjassot y otros trece pueblos que hizo efectiva Valencia sin siquiera consultar. El buen oficio del abogado Manuel Dualde y la voluntad férrea de seguir siendo ayuntamiento independiente que mostró el alcalde de Burjassot en unión con los de otras poblaciones afectadas, motivó que aquella medida, desproporcionada e ilegal a todas luces, fuera revocada por el ministro de la Gobernación, el general Marzo. Valencia se vio forzada a desistir de la anexión, como quedó reflejado en un pleno extraordinario de abril de 1930, de modo que quedaba sin poder destacarse mucho de Sevilla como clara “tercera capital de España”, un título vacío que anhelaba el marqués de Sotelo, a la sazón, alcalde de Valencia.

Los “felices” años de prosperidad económico-empresarial de la dictadura primorriverista habían llegado a su fin, y “la dictablanda” del general Berenguer, unida a la crisis general mundial que había comenzado en 1929, fueron el preámbulo del gobierno del comandante Juan Bautista Aznar, el cual, seguro de ganar las elecciones para la causa monárquica, convocó unas primeras elecciones municipales para el 12 de abril de 1931. Poco antes, la situación de provisionalidad del Gobierno se reflejaba en el ayuntamiento de Burjassot, donde habían dimitido algunos ediles. Siendo alcalde Bernardo Almenar Mir, se pidió permiso al gobernador civil para la elección de alcalde por votación entre los concejales en mayo de 1930, permiso que fue denegado. Y tres meses después se recibía la orden de designación a dedo del alcalde y los tenientes de alcalde, naturalmente monárquicos: Emilio Moreno Santamarta y Enrique Suay. Esto

hizo que la minoría republicana intentara dar un vuelco al consistorio en su propio seno. El 21 de enero, por real decreto, se procedía a la elección de alcalde entre los concejales, y quedó el conservador Bernardo Almenar Mir en posesión del bastón de mando gracias a los votos de los ediles republicanos, mientras que los tenientes de alcalde fueron Antonio Alonso Cervellera, republicano, y Enrique Suay Muñoz, monárquico. Ellos serían los encargados de preparar en la localidad las elecciones que convocó Aznar.

LA II REPÚBLICA

Según el censo de 1929, Burjassot contaba entonces con 8.237 residentes, y la ley electoral vigente fijaba en 16 el número de concejales que correspondía elegir. Como el censo había aumentado desde las últimas elecciones ocho años atrás, donde antes existía un solo distrito, el electorado pasó a distribuirse en dos, seccionando el pueblo en dos mitades a la altura de la escalinata de los Silos. Cada distrito, por tanto, debía elegir 8 concejales. A las elecciones se presentan únicamente dos candidaturas: una, bajo la denominación de Monárquica, que busca la defensa y continuidad del régimen existente; y otra, radicalmente antimonárquica, la del Partido Republicano, cuyo ideario se basa en la ruptura con el régimen de Alfonso XIII y de la monarquía como paso previo para la instauración de una democrática República.

Las elecciones se celebraron sin incidentes el domingo 12 de abril. A las seis de la mañana del martes, era proclamada la República en el ayuntamiento de Éibar, y acto seguido, como en un efecto dominó, comenzaron a escucharse por la radio proclamaciones similares en Barcelona, Valencia y otras capitales. La junta municipal del Partido Republicano de Burjassot tomó el acuerdo de acudir pacíficamente al ayuntamiento y tomar posesión del mismo. La victoria electoral había sido aplastante. Todos los miembros de las candidaturas republicanas, rodeados de una multitud con ondeantes banderas tricolores, acudieron la misma tarde del día 14 a la puerta del Ayuntamiento, a donde entraron para tomar provisionalmente posesión, bajo la presidencia del alcalde en funciones Bernardo Almenar Mir, de sus cargos de concejales republicanos. La presidencia se le otorgó Francisco Llácer Juan, como concejal de mayor edad, mientras se guardaba un minuto de silencio por los mártires de la República. La primera moción aprobada abogaba por garantizar el orden y por nombrar una guardia cívica. El día 15 se declaró festivo para conmemorar la proclamación de la II República Española. Dos días después, se daba cuenta de los resultados oficiales de las elecciones a concejales: 12 republicanos y 4 monárquicos. La unanimidad fue la respuesta del consistorio a la pregunta de quién sería elegido alcalde: Francisco Llácer Juan, a quien la minoría monárquica también aceptaba de buen grado por su honestidad.

Superada la euforia inicial, los republicanos comenzaron a gestionar el ayuntamiento: se modificó la simbología monárquica por la republicana, se cambiaron

los nombres de algunas calles y se intentó rebajar las altas cuotas de analfabetismo. Para ello, los ediles se volcaron en apoyar las escuelas existentes y crearon otras nuevas, a la par que se reformó el tipo de enseñanza, basado en la difusión de los valores cívicos, la explicación a los alumnos de lo que es la democracia o la libertad religiosa.

En el mismo sentido hay que inscribir la concesión por el Gobierno de la apertura de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, filial de la de Valencia. Aquella había sido una vieja reivindicación de Burjasot, que arranca del 4 de julio de 1930, cuando el republicano Valls propuso la solicitud de la creación de una “sucursal de la escuela de Bellas Artes”, lo cual fue aprobado en su día por unanimidad. Como dejaban de funcionar los Silos como granero de Valencia ese mismo año, el nuevo ayuntamiento de Burjassot se apresuró en junio de 1931 a solicitar a Valencia el uso de sus instalaciones o la cesión completa del monumento. Valencia aceptaría al menos la utilización del almacén grande para acoger la Escuela de Artes y Oficios Artísticos. En cambio, la solicitud, cursada en 1934, de creación de una biblioteca popular en el edificio denominado “Casa dels Barrons” fue denegada por el ayuntamiento valenciano.

El período republicano daría mucho más de sí, pues se mezclaron propuestas como la de la erección de un monumento al novelista Vicente Blasco Ibáñez (tallado en mármol de Carrara por el escultor Marco Díaz Pintado) o la solicitud al Ayuntamiento de Valencia, denegada, por cierto, para la colocación de una placa en el obelisco a los Mártires de la Libertad con los nombres de los capitanes Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Hernández, con otras propuestas preocupantes, como la solicitud por parte de un concejal de la colocación de un letrero en la fachada de la casa consistorial con el lema “Muerte al ladrón”, aprobada el 16 de julio de 1931. Un auténtico mal augurio...

En enero de 1932, el Gobierno se incautaba de todos los bienes inmuebles pertenecientes a la Compañía de Jesús, “los jesuitas”. Uno de esos inmuebles era la “Villa de San José”, una mansión edificada en el término de Burjassot junto a la estación de tren del mismo nombre. El patronato que gestionaba todos esos inmuebles incautados los donaría, en enero de 1934, al Ministerio de Instrucción Pública con la finalidad de crear un “Instituto-Escuela”. En este sentido, el presidente del consejo de ministros, Alejandro Lerroux, autorizaba al ministerio a aprovechar cuantos bienes muebles existieran en la villa y sirvieran para la finalidad docente.

Ya no se convocarían otras elecciones municipales durante el período republicano. Tras la legalización del voto femenino por primera vez en la historia de España, las elecciones generales de 1933, con triunfo del centro-derecha, constataron en Burjassot un aumento del abstencionismo propugnado por la CNT, que había implantado en 1932 su sede en un piso de la calle Pablo Iglesias. La Sociedad de Obreros Albañiles “El Progreso” había crecido tanto que su sede, en la calle Jorge Juan 97, se quedaba pequeña. Compró, por ello, en 1931 un terreno en la calle Doctor

Moliner destinado a ser centro de actos y representaciones. En pugna con la sociedad "El Progreso", el Sindicato de Oficios Varios de CNT se nutrió de albañiles, carpinteros y panaderos, estos últimos muy activos, al demandar turnos rotativos en los horarios de trabajo de los hornos. Numerosas dimisiones, sobre todo las de los concejales de Derecha Regionalista Valenciana, habían dejado en cuadro al alcalde de Burjassot, Francisco Riera, que tan sólo contaba con tres concejales en 1936.

LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

El mes de julio de 1936 había comenzado con una huelga de la construcción, sector mayoritario en la población, mientras que las clases acomodadas habían iniciado su período de veraneo en sus "chalets" y casas del ensanche. El 17 de julio se escuchaban rumores sobre una inminente sublevación militar, que se haría efectiva en unas horas en el protectorado de Marruecos y en diversos puntos de España, a cargo de varios generales, entre los que se encontraban Mola y Franco.

La situación debió parecer lo suficientemente alarmante cuando el alcalde de Burjassot, Francisco Riera, convocó de urgencia a las fuerzas políticas democráticas para una reunión en el ayuntamiento el 19 de julio. Riera necesitaba el apoyo de los partidos y sindicatos. En aquella reunión de urgencia se creó el Comité Administrativo, según testimonio del propio alcalde, formado por él mismo, los tres concejales que continuaban en sus puestos y un representante y un reserva de cada agrupación política, entre las que se encontraban el PSOE, Unión Republicana, Izquierda Republicana, Partido Comunista, CNT, FAI y UGT.

Las primeras medidas que se tomaron pasaban por controlar el orden público y defender la vida los miembros del partido Derecha Regionalista Valenciana. Por ello, tras clausurar preventivamente los centros religiosos, se requisaron todas las armas de partidos y sindicatos, aunque luego hubieron de devolverse por orden gubernativa. Mientras tanto, CNT y otros grupos sindicales y políticos intentaban su tan esperada revolución, la cual pasaba por requisar bienes, tierras, comercios e industrias. El Comité hubo de consensuar la emisión de vales para que los obreros, en huelga durante tres semanas, pudieran adquirir en los comercios artículos de primera necesidad, medida encaminada a evitar la incautación de comestibles y comercios. Los comerciantes cobrarían después gracias la dotación que poseía el ayuntamiento para el paro obrero y, también, merced al fuerte donativo que realizara al Comité el tenor Giacomo Lauri Volpi por el servicio de escolta en automóvil que la milicia civil le prestó hasta el puerto de Valencia en los primeros días de la asonada militar. La CNT ocupó el recién estrenado colegio de la Fundación Obispo Muñoz Izquierdo para convertirlo en "Casa del Pueblo". Otra institución requisada en esos primeros días sería el Asilo de Ancianos Sequera de las Hermanitas de los Pobres, asignado al Partido Comunista por ser el único grupo político que planteó por escrito que se haría cargo del cuidado de

los ancianos allí residentes y del desalojo pacífico de las monjas, las cuales no sufrieron daño alguno y fueron conducidas bajo escolta a donde solicitaron ir.

Sin embargo, los ánimos estaban soliviantados a finales de julio, y el intento de saqueo y quema de la emita de San Roque quedó en un conato gracias a la intervención de varios miembros del Comité y de la Guardia Civil. Ésta, a diferencia de lo ocurrido en otras poblaciones, se puso al servicio del Comité y se encargó del orden público hasta que en agosto fue requerida por la comandancia de Valencia y hubo de abandonar el cuartel. Uno de sus cometidos era la “protección” de vecinos de Burjassot que se habían significado por sus ideas derechistas, generalmente miembros de los partidos Tradicionalista y Derecha Regionalista Valenciana. En realidad, sus miembros más significados estaban detenidos en la Escuela de Artes y Oficios, adecuada como calabozo, para evitar que fueran objeto de los “paseos” y ejecuciones arbitrarias que se estaban dando en localidades limítrofes. La marcha en agosto de los guardias a Valencia, donde tenían orden de concentrarse, dejó en manos del Comité esa improvisada cárcel. A todo esto, Burjassot era señalado con el dedo por otras poblaciones por no haberse ejecutado a ningún derechista todavía, y, ante el temor a los publicitados francotiradores que tanto proclamaba la propaganda, días después un grupo armado entraba en dicha cárcel con la intención de realizar algunas ejecuciones. En lo que hoy es la Cruz de Gracia, en el término de Paterna, fue asesinado sin juicio previo un comerciante tradicionalista el 18 de agosto, y dos días después cinco miembros de DRV. Las selectivas ejecuciones de miembros de DRV y del partido Tradicionalista, junto con la de varios presbíteros, se sucedieron hasta noviembre de 1936, cuando, ya asentado el nuevo Gobierno de Largo Caballero en Valencia, pudo controlarse la situación de impunidad con la que actuaban algunos grupos radicales tras la orden de crear los consejos municipales. El alcalde Riera dimitía para dar paso al cenetista José Borredá, elegido por los miembros del consejo como consejero mayor. Cronológicamente, el cargo de consejero mayor fue después ocupado por el socialista Martínez Tornero, el cenetista Juan Sancho, el socialista Luis Martínez, el cenetista Salvador Cariñena, nuevamente Luis Martínez, el sindicalista José Alabadí y, el último, el sindicalista Antonio López.

Durante el período bélico se produjeron numerosas incautaciones, valga como ejemplo curioso la de la industria cárnica Frigorífico Levantino, incautación al parecer acordada con el propio dueño, cansado de que cuantos ocupantes de los coches que pasaban por su puerta en el Empalme se llevaran carnes y embutidos con la excusa de que eran “para el pueblo”. La economía de retaguardia se asentaba en Burjassot, y así, junto a la confección por voluntarias, con máquinas de coser requisadas, de ropa y mantas para los miembros de la columna anarquista Temple y Rebeldía y luego para el Ejército, se creaban nuevas industrias pirotécnico-bélicas. El PSOE local ponía en marcha, con el visto bueno del Gobierno, una idea de un afamado pirotécnico de Godella: la fabricación intensiva de bengalas de iluminación nocturna dotadas de paracaídas de seda, que servían para iluminar el firmamento sobre las líneas enemigas

en las incursiones nocturnas. Manuel Arroyo explica que cada bengala fabricada por la empresa del PSOE tenía un coste de 3.600 pesetas: pólvora y seda, dos componentes genuinamente burjasotenses puestos al servicio de la defensa de la Constitución.

A partir de 1937, el comité municipal llevó a cabo muchas iniciativas, entre las que hay que subrayar, ante la práctica falta de numerario, la emisión de papel moneda por valor de 25 y 50 céntimos, y 1 peseta. Ese mismo año, después de que el general Franco desestimara su ayuda, el Servicio Civil Internacional, una asociación humanitaria creada en 1920 en Berna, y otras organizaciones pacifistas enviaban a Valencia una delegación bautizada como “Asociación de Ayuda Suiza a los Niños de la Guerra”. El lugar elegido como cuartel general sería un caserón abandonado en la calle Colón de Burjassot. Según la maestra voluntaria Elisabeth Eidenbenz, el 24 de abril de 1937 llegaron a Burjassot, bajo la dirección de Rodolfo Olgiati, cuatro destartados camiones –Dunant, Nansen, Pestalozzi y Wilson– y un autobús –el Zwingli-, que se les uniría después. Los nombres de los vehículos no eran aleatorios, pues se correspondían con dos Premios Nobel de la Paz, un prestigioso pedagogo, el fundador de la Cruz Roja y un reformador suizo contemporáneo de Lutero y Calvino. Aquellos voluntarios suizos iban cargados de mucha ilusión y de tres toneladas de ayuda humanitaria, ropas, alimentos y medicinas. De inmediato, iniciaron una serie de viajes a Madrid y al frente del Jarama con el objetivo de llevar la ayuda humanitaria que llegaba de Suiza y, en los viajes de vuelta, traerse cientos de adultos y niños evacuados, muchos de ellos huérfanos por culpa de los bombardeos franquistas. Las ayudas llegaban de familias suizas y de los cuáqueros de Inglaterra y Estados Unidos; también de Suecia y Dinamarca. La organización de Burjassot puso por primera vez en el mundo un sistema de apadrinamiento de los niños. Más de 800 niños se beneficiaron del apoyo económico y afectivo de las familias suizas, que aportaban 15 francos al mes para cubrir las necesidades básicas de los infantes y mantenían correspondencia regular. Otros niños huérfanos fueron adoptados por familias de burjasotenses, como es el caso de José García, misionero en Zimbabue y hoy hijo adoptivo de la ciudad.

Los bombardeos a la población civil, ideados como medida coactiva por el Estado Mayor de Franco, también afectaron a Burjassot. De entrada, el comité municipal se preocupó por la seguridad de los niños escolarizados, tanto los autóctonos como los evacuados de Madrid. La primera idea fue la de realizar perforaciones en la pared externa de la explanada de los Silos y utilizar aquellas cavidades, sin uso desde 1931, como refugios antiaéreos. Mientras tanto, al tiempo que numerosos vecinos adecuaban bodegas, cuevas y cobertizos como refugios, el aparejador municipal, asesorado por los miembros del grupo del ejército DECA (Defensa Especial Contra Aeronaves), diseñó la ubicación y la forma de los refugios municipales. En la plaza de Emilio Castelar, bajo el jardín, se construyó un gran refugio con entradas desde Blasco Ibáñez y Maestro Mallach. Otros refugios se construyeron en la calle Cervantes y en Canterería, pero quizá los de más capacidad serían los tres que se perforaron en el subsuelo de las calles Mendizábal, Pablo Iglesias y Galán y

García Hernández. Para llevar a término el proyecto de protección de la población civil, seis grupos de obreros, cargados de picos y barrenas, iniciaron las perforaciones, a modo de minas, desde la carretera de Llíria y la calle Colón, para juntarse a mitad de camino. Dichos refugios, con las entradas hoy taponadas, pervivieron hasta la década de 1950. Para sufragar los gastos de la construcción de los refugios, cada familia había de pagar una peseta al mes, lo que provocó protestas de algunos grupos políticos, como Izquierda Republicana.

En 1937, varios contingentes del ejército republicano se habían instalado en Burjassot. Un grupo de la DECA lo haría en el que fue convento de las Esclavas de María, en el barrio de Canterería, convertido entonces en “Escuela de Fonolocalizadores”; de él dependía el destacamento que se instaló en la Escuela de Artes y Oficios para controlar desde allí el fonolocalizador, el detector de aeronaves que habían colocado en el centro del patio de los Silos. Otro contingente del cuerpo de aviación ocupaba la Escuela de Reforma, lindando con Godella; allí se instaló un taller de mecánica aeronáutica y la fábrica de bengalas nocturnas. Por último, el *Castell*, una vez desocupado por la columna Temple y Rebeldía, se adecuó para su utilización como Escuela de Oficiales de Estado Mayor.

LA POSGUERRA

La entrada triunfal, a mediados de marzo de 1939, de las tropas del general Aranda en Burjassot, fue seguida por una multitudinaria misa, la primera en tres años, en la explanada de los Silos, y por un desfile militar de celebración de la victoria. Pero quizá lo más trascendente sea la represión que se inició desde el primer momento. Mientras se formaba el 29 de marzo una Junta Gestora del ayuntamiento presidida por Pedro Roig, el servicio de información de Falange recibía la orden para que se realizara la incautación de documentación comprometedora de quienes, en realidad, habían sido fieles a la República. Según la particular percepción de los vencedores, éstos no eran más que auxiliadores de la rebelión, porque así calificaban el hecho de haber sido fiel a la Constitución. Se requisaron libros y documentación en las sedes de los partidos y sindicatos, documentos del ayuntamiento republicano y todo tipo de material considerado subversivo extraído de los domicilios de los “sospechosos” que no habían considerado necesario exiliarse. Se practicaron numerosas detenciones entre los miembros del Comité Municipal, mientras que muchos empleados municipales eran depurados por su afiliación a partidos de izquierdas o republicanos, como el caso del aparejador municipal que diseñó los refugios, que no sería rehabilitado hasta 1951 gracias a su demostrada religiosidad. En esos primeros compases del llamado “Año de la Victoria”, mientras un grupo de mujeres eran torturadas por encapuchados y vejadas en público por poseer carnet sindical o ser esposas o novias de los detenidos, muchos hombres fueron encarcelados y torturados para después ser condenados a muerte en juicios mal instruidos, y encarcelados en el penal militar de Monteolivete o

en el civil de San Miguel de los Reyes a la espera de la ejecución, o enviados a campos de concentración en Albátera o en Portaceli. Algunas acusaciones, las más, no tenían fundamento, otras se debían a confusiones de identidades, mientras que algunas se basaban en “delitos de sangre”. Mientras decenas de burjasotenes eran condenados a prisión o enviados a campos de concentración, treinta y siete de ellos tuvieron la peor de las fortunas. Se trataba de anarquistas, en su mayor parte, socialistas y republicanos, quienes fueron condenados a muerte sin que les fuera conmutada la pena por la de prisión. Los fusilamientos se fueron produciendo en el campo de tiro de Paterna, cerca del cementerio donde permanecen enterrados, desde octubre de 1939 hasta 1950.

Para esa fecha ya se habían iniciado labores destinadas a borrar cualquier vestigio de republicanismo. Y mientras grupos de exaltados de planchada camisa azul derribaban el obelisco a los Mártires de la Libertad y la estatua sedente de Blasco Ibáñez, las autoridades rotulaban las calles con flamantes nombres de generales o con sugerentes imágenes de su victoria: plaza de “la Victoria” se llamó a la plaza de “la Concordia”, calle “Glorioso Ejército” a la de “Antifascismo”, avenida “Calvo Sotelo” a la de “Heroicos Milicianos”, “Beato Juan de Ribera” a la plaza “Pi i Margall” y, desde luego, plaza “España” a la hasta entonces “Emilio Castelar” y calle del “Caudillo” a la antigua “Blasco Ibáñez”, entre otros muchos ejemplos. Como compensación a dichas decisiones, se restauraron la iglesia de San Miguel, ciertamente muy deteriorada, y la ermita de San Roque, las cuales habían servido como almacenes de intendencia y como garaje del Ejército Republicano, respectivamente. Pasados unos años, también se repondría la cruz de los Silos en 1943, en una gran fiesta de exaltación de las virtudes cristianas. La fiesta de su reposición, celebrada a principios de mayo, tuvo como máxima autoridad al capitán general Eliseo Álvarez Arenas, y, fuera casualidad o tal vez no, unos días después se iniciaba el juicio de un grupo de burjasotenses, casi todos cenetistas, que todavía permanecían encarcelados. Juzgados y condenados a la máxima pena el día 5 de mayo, serían confirmadas sus sentencias ocho días después y fusilados en Paterna el 14 del mismo mes. La callada labor de las autoridades uniformadas del Movimiento Nacional daba poco a poco sus frutos, domeñando a un pueblo que durante décadas había sido de mayoría democrática y republicana, sin olvidar el fuerte giro hacia el anarquismo que dieron muchos obreros.

El primer alcalde de la dictadura franquista, Pedro Roig, hubo de lidiar con los problemas de paro y hambre de gran parte de la población. Durante su mandato se inició el racionamiento de productos básicos controlado por las “cartillas”. Pero el 1 de febrero de 1943, el joven José María Crespo era nominado alcalde. Hombre de una profunda religiosidad, potenciaría las fiestas religiosas de la Virgen de la Cabeza, San Miguel o San Roque, al tiempo que iniciaba la costumbre casi ritual, con cadencia cada dos años, de declarar hijo adoptivo a quien la alcaldía consideraba merecedor de ello. Así, Burjassot adoptó como hijos a las siguientes personalidades: en 1944 al obispo de Mallorca, Juan Hervás Benet, que había sido arcipreste de Burjassot tras la Guerra Civil;

al general Gonzalo Queipo de Llano en 1946, por su defensa del santuario de la Virgen de la Cabeza en Andujar; en 1948 a médico Juan José López Laguarda, por sus estudios sobre la historia de Burjassot y sus desvelos por intentar conseguir para Burjassot la titularidad de los Silos; en 1950 al ingeniero industrial Alejandro Bonora Muñoz por sus múltiples servicios al consistorio; en 1952 al director general de Archivos, Miguel Bordonau Más, por su esfuerzo en la apertura de la biblioteca de Burjassot; y al Manuel González Martí (“Folchi”), en 1953, por el impulso político que dio para que a Burjassot se le concediera el título de ciudad. Si casi todos eran vecinos de Burjassot y habían hecho méritos suficientes, cada uno en su campo, trabajando para la comunidad, contrasta la nominación de Queipo de Llano, por su nula vinculación a Burjassot, y por la forma en que se produjo. La actual calle Mariana Pineda, era entonces calle Queipo de Llano, y en las fiestas falleras se montaba una gran falla cerca de la Granja. Al coincidir en 1946 una visita del general a Valencia, se le invitó a contemplar “su falla” en Burjassot, y, de manera improvisada, quiso obsequiarle el ayuntamiento, en agradecimiento a su visita relámpago, con la insignia de hijo adoptivo de Burjassot, disposición que, por cierto, ha sido recientemente revocada por el Consistorio.

LA DICTADURA DE FRANCO

Merced a los consejos de determinados valencianos veraneantes en Burjassot, como López Laguarda, Bordonau Mas, Ferrandis Luna, etc. Se formó un consejo civil destinado a la difusión cultural de Burjassot y la conservación de su patrimonio artístico. Fruto de ello serían diversas iniciativas culturales que tanto influyeron en la población local y en los veraneantes: en el verano de 1947 se inauguraba la Biblioteca Municipal, en el primer piso del edificio que había sido antaño de la familia de Blasco Ibáñez, en la entonces Plaza de España (hoy Emilio Castelar). De la mano del director general de Archivos y Bibliotecas, Miguel Bordonau, que aportó un buen lote de libros procedente del Servicio de Intercambio, y aprovechando tanto las donaciones de particulares como el fondo de material requisado a diversas entidades políticas y sindicales republicanas, así como a particulares que no reclamaron a tiempo la propiedad de las obras, se formó un lote de 2.360 volúmenes, entre los que destacaba un flamante armario con los 70 volúmenes de la Enciclopedia Espasa que nadie había reclamado en propiedad.

El escultor y político local Eduardo Comes Mestre era a la vez teniente de alcalde, director de junta de la biblioteca, profesor de la Escuela de Artes y Oficios y promotor de la negociación con Valencia sobre la propiedad de los Silos. Su más conocida contribución sería la negociación con el derribista Daniel Belloch para que cediera éste a su pueblo la portada neoclásica, procedente de la colegiata de san Bartolomé, que le habían concedido por sus trabajos de derribo de los templos que habían sido incendiados y destruidos en julio de 1936 en Valencia. Tras diversas

vicisitudes, pudo colocarse en septiembre de 1953 dicha portada en la entrada principal de la Escuela de Artes y Oficios. Mientras esto ocurría, algunos artistas locales intentaban reconstruir el patrimonio artístico y religioso de Burjassot. Ese es el caso de Comes Mestre, que se encargaba de la talla de las imágenes sagradas, de Díaz Pintado y su equipo (los tallistas Riera y Barberá y el pintor Bartolomé García) que lo hacían de las estatuas de santos y arcángeles de la iglesia de San Miguel, o del maestro de obras Francisco Cones, que coordinaba las obras,. También la “Casa Abadía” fue construida de nueva planta en el mismo lugar que la anterior bajo la dirección del arquitecto municipal José Albert, así como el nuevo cementerio y su monumento a los Caídos.

El racionamiento continuaba en productos básicos, como pan, aceite, azúcar o café. Y se dulcificaba con grandes dosis de cultura por un lado, frente a escasas inversiones en infraestructuras por otro: esa sería la tónica general mientras José María Crespo fuera alcalde. Mientras la población reclamaba pavimento y aceras para sus calles polvorientas, o el ansiado y necesario alcantarillado, cuya ausencia se haría más evidente con las grandes inundaciones de septiembre de 1950 que afectaron a las zonas bajas, el ayuntamiento respondía sistemáticamente que el colector y la depuradora de aguas residuales no estaba al alcance de los presupuestos municipales, y que en tanto no se cumplieran esas premisas no se podría iniciar el pavimento. Con todo, la calle Colón se pavimentó en 1960, junto con la de Isabel la Católica y la de Mariano Aser, donde se concentraban casas y chalets de muchos veraneantes valencianos.

El alcalde Crespo supo, eso sí, dotar adecuadamente de escuelas y de iglesias la localidad. Así, en 1952 se inauguró el templo del Sagrado Corazón de Jesús, en el nuevo barrio de San Juan, y dos años después la iglesia del beato Juan de Ribera en el jardín del chalet que donó al efecto Rosa Pérez Castañón, en la calle Isabel la Católica. En cuanto a las escuelas, se mantuvieron las existentes, mientras que se crearon las dos parroquiales de San Miguel en 1950, las nocturnas para adultos en 1951, las bien equipadas del beato Juan de Ribera en Maestro Lope entre 1953 y 1957, las escuelas nacionales de niñas de la congregación de María Reparadora, en Canterería, o las de Miguel Bordonau en la calle Alemania (hoy Libertad) en 1960, pese a estar aprobados los planos y las subvenciones por el ministerio de Educación desde 1953.

Otros aspectos destacables son la creación en 1947 de la “Junta pro fomento de la música”, que cristalizaría poco después en la “Unión Musical Los Silos” al año siguiente, así como también se daba luz verde a la emisora del Frente de Juventudes, el 4 de abril de 1953, con el nombre de “Emisora Escuela nº 17 Radio Burjasot”. Una emisora integrada al poco en la “Cadena Azul de Radiodifusión” y que lanzó al aire su primera emisión oficial la noche del 7 de diciembre del mismo año. Como se puede apreciar, quedaban atrás los duros y crueles años de la posguerra, a la par que la calidad de vida de los burjasotenses iba mejorando poco a poco, en la medida en que finalizaban los racionamientos y mejoraban los rendimientos agrícolas merced a los nuevos abonos de importación, como el “Nitrato de Chile”. Por otra parte, continuaba

la apuesta del ayuntamiento por la cultura, como refleja el ciclo de conferencias que desarrolló la jefatura local del Movimiento entre enero y febrero de 1956, de la mano del incansable Eduardo Comes, que fue capaz de reunir como conferenciantes a numerosas personalidades, como el abogado Vicente Giner Boira, el musicólogo Eduardo López Chavarri o el médico Juan José López Laguarda, junto con jóvenes que luego darían mucho de sí en su madurez, aunque no por el camino que hubieran pensado quienes les contrataron entonces. Aunque pueda parecer sorprendente, se trata de Vicent Andrés Estellés y de Joan Fuster Ortells, cuyas aclamadas disertaciones versarían sobre la literatura en el cine y sobre el arte, respectivamente.

Mientras tanto, la corporación Gran Valencia encandilaba a Burjassot, Godella y Benimàmet con la promesa de que Valencia iba a expandirse por aquella zona para evitar ocupar la Huerta. El plan de urbanismo ofrecía a Burjassot todas las mejoras de saneamiento, tráfico rodado y equipamientos que tanto se anhelaban y estaban impedidas por los bajos presupuestos del ayuntamiento. A cambio, se anunciaba un Burjassot de cien mil habitantes en un futuro. Y para señalar la propuesta, en 1960 se comenzó a construir la prolongación de la Gran Vía Fernando el Católico en dirección a Burjassot, que pocos años después se convertiría en la autovía a Ademuz. El mismo año que, por cierto, destacó por las celebraciones con motivo de la canonización del Patriarca, ahora San Juan de Ribera, una vez aceptados los dos milagros preceptivos por el pontífice Juan XXIII. El gobierno de Francisco Franco puso todo su empeño en estar representado en cuantos actos se celebrasen, y envió una delegación a Roma encabezada por el ministro de la Gobernación, el almirante Camilo Alonso de Vega. El gasto extraordinario del Gobierno para los eventos conmemorativos de la canonización fue de un millón de pesetas. También en Burjassot se celebraron ceremonias de aclamación al nuevo santo, incluida una procesión con sus reliquias por toda la ciudad. Por el camino de esa década que finalizaba se quedaban los entrañables tranvías de Burjassot y Godella, que dejaron de circular el 31 de diciembre de 1955 al ser sustituidos por autobuses.

En la siguiente década, el ansiado alcantarillado llegaría a Burjassot (1967), eso sí, tan sólo a las calles centrales, de la mano del presupuesto de la Dirección General de Obras Hidráulicas, que adjudicó obras por valor de casi ocho millones de pesetas a la empresa Compañía General de Riegos y Construcciones S.A. para que llevara a término el "Saneamiento Parcial de Burjasot". En una población que superaba los 23.000 habitantes, al tiempo que fallecía la cantante lírica María de la Asunción Aguilar Ros, conocida artísticamente como María Ros, esposa de Lauri Volpi, cesaba en su cargo de alcalde José María Crespo Alonso en 1970. La década que comenzaba se caracterizaría por la fuerte inmigración, ya iniciada en la década anterior, de familias andaluzas y manchegas fundamentalmente, al calor de las expectativas de trabajo que brindaba Valencia, tanto en la construcción como en la industria principalmente. Crecía Burjassot y lo hacía en altura, con edificios de entre cuatro y seis plantas. Desde entonces han quedado fosilizados los anacronismos urbanísticos en las calles del

núcleo antiguo, donde se mezclan las clásicas casas de una o dos alturas con los modernos edificios de viviendas de tres o más alturas. La apertura al tráfico de la calle Maestro Lope, una reivindicación que se había iniciado cuarenta años antes, motivó el taponamiento y la desafortunada desmantelación del brocal pétreo y de la cubierta del pozo de la antaño plaza Mayor y ahora plaza del "Pouet". Un nuevo alcalde, Pedro Bueno, muy interesado en la historia y tradiciones de la población, optó por su reconstrucción en 1973. Además, este alcalde retomaría las gestiones interrumpidas en los años cincuenta con el ayuntamiento de Valencia sobre la cesión de los Silos a Burjassot, gestiones que darían su fruto en 1975, si bien no con el resultado apetecido, pues se obtenía para Burjassot la cesión en uso, mientras que Valencia se reservaba la propiedad. Con todo, los Silos han sido usados desde entonces para todo tipo de celebraciones festivas, musicales y pirotécnicas, hasta que la mayor concienciación de vecinos y regidores ha reducido y limitado los usos que pudieran perjudicar la edificación, declarada "Monumento Histórico-artístico de Carácter Nacional" en 1982.

Y EN LA ACTUALIDAD...

La llegada de la democracia a Burjassot tuvo como bautismo un importante acto de justicia al restituir el edificio requisado por el franquismo al partido Republicano, representado por el partido Acción Republicana Democrática Española (ARDE) en el número 27 de la calle Blasco Ibáñez. Las sucesivas corporaciones municipales democráticas han logrado un cambio importante en muchos aspectos de la vida ciudadana. Burjassot cuenta por fin con alcantarillado en todos los barrios, asfaltado de calles, alumbrado y agua corriente suficientes, equipaciones deportivas de todo tipo (polideportivo, piscina cubierta, pabellón cubierto, campos de fútbol Los Silos y Las Palmeras...), centros culturales (Casa de Cultura, Tívoli, Teatro Progreso, hogares sociales y de pensionistas), parques (entre los que destacan la Granja, l'Eixereta) y todo tipo de servicios sociales y municipales (parque de bomberos, ambulatorio, centro de especialidades médicas, matadero, CEMEF, IMCJB., Radio Burjassot...). Bien comunicado para el tráfico rodado, con servicio de metro, tranvía o autobús, Burjassot es hoy sede de varias facultades de la Universidad de Valencia y alberga las instalaciones de Radiotelevisión Valenciana. Pero la historia de Burjassot no ha finalizado...